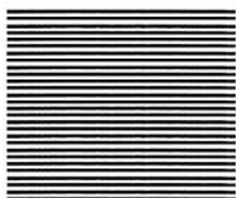
héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

EL SECUESTRO DEL "COLUMBIA"

ROCCO SARTO

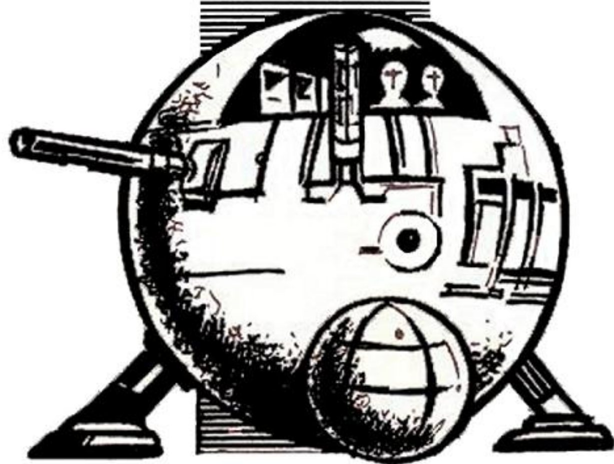


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

69— *Devoradores de energía.* Law Space.

70— *Mundo mutante,* Rocco Sano.

71— *El árbol de acera* Trevor Sanders.

72— *El síndrome de Thanatos,* Elliot Dooley.

73— *Miedo al supercrack,* Ralph Barby.

ROCCO SARTO

EL SECUESTRO DEL «COLUMBIA»

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 74
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)
ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 23.884-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1981

Esta edición es propiedad de **EDICIONES CERES, S. A.**
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—Es un complot —dijo Rok.

—¿Un complot? —preguntó Marius, sin dejar de vigilar la estepa helada.

—No es posible que se produzcan este tipo de acciones por casualidad. Sé que no hay relación alguna entre los hechos ocurridos aquí, en Testán, y los acontecidos en los demás asteroides, sin embargo todos apuntan a un solo sitio: mantener ocupados a los Vigilantes, lejos de la Tierra y diseminados en millones de millas cuadradas de espacio.

—Te conozco, bien, Rok y sé que has llegado a una conclusión. ¿Tal vez... Barsal?

Rok se inclinó y revolvió en la nieve con su mano enguantada.

—Mira, aquí aparecen nuevamente las huellas, son similares a las que dejaba la nave que destruimos en Amenón.

—Sí, no cabe duda —asintió Marius Trent—; se trata de un nuevo plan de Barsal. Tendríamos que haberlo eliminado cuando tuvimos la oportunidad.

—Las leyes son claras, Marius, teníamos que llevarlo a juicio.

—Ya ves para qué ha servido, ese monstruo tiene recursos suficientes como para haberse fugado de la prisión y regresar a su base, esté donde esté.

—Me pregunto por qué opera siempre en estos planetoides helados y de atmósfera similar a la Tierra.

—La nave que destruimos la semana anterior en Amenón tenía suficientes cargas bacteriológicas como para descomponer la atmósfera. Supón que se trataran de ensayos.

Rok meditó las palabras de su compañero. Alzó la vista y recorrió la estepa helada, blanca y solitaria.

—Puede que hayas dado en el clavo, Marius. Si lo que dices es cierto entonces está matando dos pájaros de un solo disparo.

—¿A qué te refieres?

—Primero, consigue que la mitad de los Vigilantes se ocupen de responder a las señales de alarma de nuestros satélites de seguridad en diferentes planetoides ubicados en un amplísimo radio; y segundo, evalúa nuestras posibilidades de neutralizar sus naves de contaminación bacteriológica. Es astuto, muy astuto.

—¿Qué se propondrá?

—No lo sé, pero debe tratarse de algún golpe maestro, está utilizando toda su capacidad tecnológica.

—Si pudiésemos encontrar su base todo se resolvería para siempre —dijo Marius, comprobando la carga de su fusil lumínico.

—La encontraremos. Hay algo que me ronda la cabeza, una idea imprecisa, pero que a su debido tiempo lograré ubicar en su exacto punto y entonces todos los datos que tenemos de Barsal nos darán la respuesta.

—¿Qué idea?

—Está relacionada con su campo de operaciones, siempre actúa en medios de bajas temperaturas, tiene que haber una explicación. Estoy seguro.

—¡Mira! —gritó Marius, señalando hacia el horizonte helado.

Una nubecilla de polvo de nieve se erguía como un tentáculo en la distancia.

—Es el rotor de la nave —dijo Rok.

—Viene hacia aquí.

Rok extrajo sus lentes de macrovisión y enfocó la nube. Vio claramente la estructura plateada de la nave oval, grande como un edificio de tres plantas, que se acercaba rápidamente.

—Disparemos los dos a la vez, no quiero correr riesgos innecesarios. Tenemos que detenerla sin que estalle, no sabemos qué tipo de bomba bacteriológica lleva en su interior.

Marius dispuso su fusil, graduando la potencia del disparo hasta que obtuvo su máximo poder de penetración y luego buscó el blanco a través de la mira macroscópica.

—Haremos fuego cuando se encuentre a diez mil metros.

—De acuerdo.

La nave avanzaba en medio de un torbellino de nieve, recto hacia ellos.

—Apuntemos al cuarto inferior —dijo Rok, llevándose el fusil al rostro.

—Estoy listo, Rok.

—¡Fuego, entonces!

El haz lumínico salió del fusil y alcanzó instantáneamente la base de la nave; produjo una pequeña explosión que inició una reacción en cadena de explosiones cada vez mayores hasta que un estallido gigantesco hizo temblar la estepa y la nave desapareció tras una pantalla de nieve.

—Lo hemos conseguido —dijo Marius.

—Aguardaremos a que la nieve se asiente para acercarnos.

Al cabo de unos pocos minutos iniciaron el avance. Les llevó poco más de dos horas recorrer la distancia que los separaba de la nave quieta, caminando con dificultad por la nieve blanda y pegajosa.

—Hay dos ososaurios junto a la nave —dijo Marius.

—No son peligrosos, temen al hombre.

—No parecen sentirse alarmados por nuestra presencia, Rok.

Se detuvieron a doscientos metros de la nave. Los ososaurios eran enormes animales de gruesa pelambre blanca y testuz lampiño, escamoso y duro como el diamante. Parecían hijos de una pareja imposible; un oso polar y un saurio de enormes proporciones. De pie, sobre sus largas patas traseras, semejaban hombres monstruosos de poco más de tres metros de estatura y la mandíbula protuberante de afiladísimos dientes se proyectaba hacia adelante como las fauces de un extraño cocodrilo mutante.

Role levantó el fusil, apuntó a diez metros de los ososaurios y pulsó el disparador.

La pequeña explosión que debía ahuyentar a las bestias sólo consiguió enfurecerlas. Dieron un gran salto hacia adelante y luego, a velocidad vertiginosa se lanzaron en línea recta, galopando sobre sus cuatro patas, hacia los dos Vigilantes.

—¡No puedo creerlo! —balbuceó estupefacto, Marius.

—¡Dispara, se han vuelto locos!

Los dos disparos alcanzaron el pecho de los monstruos y allí iniciaron la controlada serie de explosiones en cadena que terminó por reventarlos como si no fueran más que burbujas.

Marius bajó el fusil, perplejo.

—Creo que puedo adivinar exactamente qué tipo de producto bacteriológico ha diseminado la nave —reflexionó Rok.

—Sí, un producto que altera las condiciones básicas de la especie

animal, supongo, y la enfurece.
—Algo por el estilo.
Entraron a la nave por el agujero producido por la explosión de los rayos lumínicos. Habían destrozado el generador atómico, el corazón del inmenso mecanismo de propulsión de la nave.
Recorrieron los pasillos desiertos hasta el centro de operaciones. Un robot paralizado por la falta de energía se hallaba ante el inútil tablero de comando. La computadora de vuelo, junto al robot, indicaba que había procedido a su autodestrucción.
—No hay nada que hacer aquí —dijo Rok—. La memoria de la computadora ha sido destruida. Buscaremos en el área de almacenaje.
La nave blindada sólo parecía apta para el transporte ya que los demás compartimentos estaban vacios.
—Es una nave robada —dijo Marius.
—Sí —convino Rok—, la han robado sólo para transportar estos pequeños tubos.
Se acercó a una serie de tubos conectados entre sí y que comunicaban con una salida de escape exterior.
—Han contaminado parte del planeta, llevaremos con nosotros una muestra del material bacteriológico residual.
—Es demencial —dijo Marius en voz alta.
—Vamos, llevaremos uno de estos tubos afuera y luego haremos volar la nave. Utilizaremos las cargas descontaminantes, aunque supongo que el propósito que perseguía Barsal ya se ha cumplido.
Salieron de la nave y se alejaron varios cientos de metros.
—Ahora —dijo Rok.
Marius pulsó el disparador de su fusil e hizo impacto en la carga descontaminadora que habían dejado adherida al fuselaje de la nave.
La explosión sacudió brevemente la atmósfera calma de aquella estepa blanca y la nave se desintegró.
—Misión cumplida —dijo Marius, mientras la nieve volvía a aposentarse en el paraje quieto y mudo.
—Regresemos a nuestra nave, no quiero que nos coja el viento.
El planeta Testán, totalmente cubierto de hielo *y* con una atmósfera semejante a la de la Tierra, giraba lentamente alrededor de un sol consumido y lejano, por lo que los días contaban más de ochenta horas y las noches otro tanto. Cuando se aproximaba el

ocaso un viento huracanado parecía recorrer la superficie muerta y plana como un demonio exterminador.

Los únicos animales que no vivían semienterrados en la nieve eran los ososaurios, que se alimentaban de peces a los que cogían efectuando grandes agujeros en la superficie helada en aquellas zonas que muchos años atrás habían correspondido a los mares.

Rok conocía los peligros de aquel viento mortal y no deseaba que lo atrapara en medio de la sabana desolada, absolutamente plana y desprotegida.

Avistaban el *Intrepid* cuando comenzó el viento.

Apuraron el paso, cargando con el tubo rescatado de la nave destruida, y marcharon inclinados para ofrecer una menor superficie a la embestida salvaje de las ráfagas.

Rok iba en primer término y de vez en vez, levantaba el rostro para verificar el rumbo con su lente de macrovisión.

—Animo, ya estamos cerca —dijo junto a la máscara que cubría el rostro de Marius.

—Escucha —dijo Marius deteniéndose.

Rok se detuvo, se volvió hacia su compañero y descubrió una expresión alarmada en las facciones duras y curtidas de Marius.

—Parecen aullidos..., aullidos poderosos.

—Son los ososaurios, Rok. Deben estar junto al *Intrepid.*

A través del lente de macrovisión, Rok procuró enfocar la silueta alta y estilizada del *Intrepid*, pero sólo consiguió visualizar el extremo aguzado. El resto de la nave parecía devorada por la nieve enloquecida que arrastraba el viento.

—Sé que están ahí —insistió Marius.

—Nos abriremos paso con los fusiles, debemos apurarnos o los ososaurios sólo encontrarán dos muñecos congelados.

Los aullidos furiosos aumentaron de intensidad a medida que se aproximaban a la nave. Eran lamentos salvajes, producidos por una garganta poderosa y dolorida.

—El perro de Barsal los ha vuelto locos —dijo Marius.

—¿Puedes imaginarte lo que ocurriría si consiguiera lanzar una de sus naves bacteriológicas en una área densamente poblada de la Tierra?

—Prefiero no pensar en ello, Rok.

Se detuvieron a cincuenta metros del *Intrepid* y entonces, entre

ráfaga y ráfaga de viento helado, pudieron ver, en medio de la bruma que producía la danza vertiginosa de la nieve, un grupo de ososaurios, moviéndose convulsivamente, peleándose entre sí y aullando con desesperación.

—Ve tú con el tubo, Marius, yo te cubriré.

—De acuerdo, cuando llegue al elevador abriré fuego contra ellos y tú me seguirás.

—Apresúrate, amigo.

Marius cargó el pesado tubo sobre sus hombros y avanzó contra el viento implacable.

Las ráfagas llevaron su olor a las bestias que parecieron enloquecer y arremetieron contra él.

Rok hincó una rodilla en tierra y apuntó cuidadosamente a través de la mira macroscópica. Disparó metódicamente, abatiendo a aquella jauría frenética que continuaba su loca carga contra Marius.

El tubo pareció perder peso ante la proximidad de aquellos esperpentos rabiosos y Marius corrió los últimos metros que lo separaban de la plataforma del elevador.

Dejó caer el tubo junto a sus pies y descolgado el fusil que pendía de su hombro disparó a quemarropa contra los ososaurios más próximos.

Rok avanzó rápidamente sin dejar de disparar. Había fijado su arma en la cintura y sus descargas destrozaban sin interrupción los cuerpos poderosos de los monstruos.

Alcanzó la plataforma y Marius accionó el censor que ponía en funcionamiento el elevador.

A medida que ascendían por el flanco del *Intrepid* tenían una visión más amplia de la carnicería que habían provocado entre los ososaurios.

Trozos mutilados y sangrantes aparecían desparramados en un amplio sector, barridos por el viento y sepultados rápidamente por la nieve. Cuando estuvieron fuera del alcance de las fieras dejaron de disparar. Una veintena de ososaurios rasguñaba la superficie blindada de la nave aullando frenéticamente.

Entraron en la cámara de descontaminación y se quitaron rápidamente los trajes reforzados. La tenue luz violácea de los rayos descontaminadores iluminó los cuerpos desnudos durante diez segundos.

—Vamos, quiero salir cuanto antes de este planeta —dijo Rok.

En el vestuario se enfundaron en los monos blancos y limpios que utilizaban en el interior del *Intrepid* y corrieron hacia la cabina de mando.

—Programa la computadora, Marius, regresamos a la Tierra. Yo despegaré manualmente, quiero echar un último vistazo a Testán.

A medida que se alejaban, el planetoide, de tamaño muy inferior al del planeta azul terráqueo, parecía una luna plácida y atractiva en la negra inmensidad del espacio y sin embargo, allí en aquella superficie de aspecto virginal y apacible, el instinto depredador de Barsal había dejado su huella sangrienta.

— La computadora ha sido programada, Rok.

—Estupendo, tenemos una semana de viaje, vamos a aprovecharla desarrollando un dossier sobre Barsal. Comenzaremos desde el principio, cuando Barsal era todavía un prestigioso científico obsesionado por las alteraciones genéticas y las deformaciones del crecimiento humano.

—Podemos utilizar los datos consignados en el archivo criminal de Mola.

—De acuerdo, veamos a Barsal en la pantalla.

Mola, la computadora del *Intrepid,* compuso para ellos el cuerpo contrahecho de Barsal. Junto a su imagen, consignó los datos biográficos elementales.

«Barsal, John. Nacido en el año dos mil novecientos cuarenta, en Borneo. Altura, un metro y cuarenta centímetros.»

Rok miró el cuerpo deforme del enano. Una cabeza enorme sostenida por anchos hombros, Brazos cortos y gruesos, cintura voluminosa y cortas piernas regordetas. El rostro acusaba un exagerado prognatismo y los grandes ojos brillantes, muy juntos, parecían reposar sobre pómulos hinchados y lampiños. La nariz afilada y de aletas inflamadas estaba ligeramente torcida. Los labios, anchos, carnosos y protuberantes tenían una expresión cruel y burlona.

El conjunto era desagradable y producía una ligera incomodidad en el observador. Los ojos juntos y la nariz torcida lo convertían en un bufón; la sonrisa sarcástica, en un sujeto atemorizador, inquietante.

—No puedo observarlo sin una cierta aprensión —dijo Marius,

operando los controles de Mola para aproximar la imagen al rostro del criminal.

«Infancia introvertida. Sorprendente capacidad intelectual, muy por encima de la media: tipología psicométrica de genio», explicó la computadora.

—Cuando ingresé en el centro de entrenamiento espacial, John Barsal estaba en labios de todo el mundo. Sus escritos y experimentos sobre el comportamiento del hombre y la transformación de su equilibrio bioquímico para resistir condiciones extrañas en mundos extraños era el texto de cabecera de todas las promociones.

Marius asintió, sin dejar de observar el brillo cruel de las enormes pupilas oscuras, fascinado por la deformada cabeza del enano.

«En el año dos mil novecientos cincuenta y cinco, a los quince años de edad, accede por méritos científicos al laboratorio genético de Borneo, especializado en microgenética avanzada.»

—Entonces comenzaron los problemas —dijo Rok, escuchando la voz metálica de la computadora que leía su propio informe en la pantalla.

—Lo recuerdo —asintió Marius—, consiguió crear en el laboratorio una especie de orangután enano, experimentando con la hembra preñada, en contra de las indicaciones del director del laboratorio.

Liquidó cientos de orangutanes, sometiéndolos a sufrimientos indecibles para conseguir su objetivo: hallar las causas de su propia malformación.

«Sujeto amoral, las comprobaciones a que fue sometido por el equipo psiquiátrico demostró que carecía absolutamente de concepto del bien o del mal. Se especuló con la hipótesis de que tal carencia era la causa de su increíble inteligencia que no se veía obstaculizada por ningún tipo de límite basado en las pautas humanas: escrúpulos, autocensura, autocrítica, sentimientos de amor u odio normales, afectos particulares.»

—Es como un animal superdesarrollado en cuyas manos se puso todo el conocimiento científico —dijo Marius.

—Creo que en el laboratorio genético de Borneo lo utilizaron a él mismo como conejillo de indias. Lo observaban como a un genio atípico, le permitieron desarrollar sus teorías y registraron sus pautas

de conducta sin percatarse de que lentamente Barsal se aprovechaba de todos los medios de que disponía para hacer su propio juego.

—Experimentó durante diez años en Borneo y luego desapareció —comentó Marius, sin poder quitar la mirada de la figura patética y estremecedora del pequeño monstruo loco.

—Durante cinco años no se supo nada de él y entonces comenzaron a ocurrir cosas extrañas en distintos puntos del globo. Extrañas mutaciones en las selvas sudamericanas, desapariciones en el desierto de Australia, focos de epidemias absolutamente desconocidas en pequeñas poblaciones aisladas, contaminación controlada de ríos y lagos en zonas inhóspitas...

—Y entonces, por fin, cinco años después de la misteriosa desaparición de Barsal, el laboratorio de Borneo descubrió los robos.

Rok miró por última vez la imagen del enano y desactivó la computadora.

—Barsal había alterado las placas del enorme ordenador que controlaba las reservas de material del laboratorio de modo que nadie descubrió aquella fuga de materiales. Cuando se percataron de ello todo el Sistema Científico del bloque occidental se sintió espantado: Barsal tenía consigo lo necesario para montar un laboratorio tan precioso como el que había abandonado.

—Y el material humano necesario —agregó Marius, reflexivamente—, durante esos cinco años desaparecieron en supuestos accidentes veinticinco técnicos del Sistema Científico.

—¿Dónde diablos podrá ocultarse? Contamos con los mejores medios de detección y control, con las mejores armas defensivas y sin embargo, aunque Barsal, a mi juicio, continúa en la Tierra, no se ha podido dar con su paradero.

—Tendríamos que haberlo eliminado cuando lo atrapamos —insistió Marius sombríamente.

—El único punto a favor es que no hay ninguna posibilidad de que sea reclutado en el Bloque Oriental.

—Parece mentira —reflexionó Marius—, en el último milenio la Tierra se ha dividido en dos hemisferios, en dos bloques, en ambos el sistema político es el mismo, los hombres viven bien y han desaparecido la mayoría de los problemas de salud y sociales que afectaron al planeta, sin hablar de la guerra, durante los primeros años del siglo XXI, y con todo la rivalidad entre ambos bloques es

insuperable.

—El poder no tiene leyes claras, Marius.

—¿El poder para qué? Ya no hay guerras ni conflictos que pongan en peligro la paz.

—Sólo Barsal y sus incursiones sangrientas —dijo Rok, activando nuevamente la computadora—. ¿Te acuerdas de esto?

En la pantalla aparecieron las imágenes de un poblado agrícola en Birmania. Todo parecía normal, sólo que los niños eran raquíticos y sus pronósticos de vida no superaba los seis años de edad. Algo, una bacteria desconocida, los avejentaba aceleradamente y en la edad en que todavía debían jugar la decrepitud los había consumido por completo. La vejez prematura solía producir un caso aislado de vez en vez, sin embargo, en aquel poblado todos los niños nacidos durante el año dos mil novecientos setenta y cinco, en los meses de marzo y abril, padecían aquella desoladora enfermedad.

— La primera experiencia de Barsal —dijo Marius.

Rok pulsó el censor que controlaba la memoria fílmica de Mola y una segunda imagen reveló en detalle la patética decrepitud de la población infantil.

—Recuerdo perfectamente la respuesta de Barsal cuando se proyectaron estas imágenes durante su juicio. Dijo imperturbable: *«es sólo una advertencia, un anuncio de mi poder».* Nadie pudo sacarle una sola palabra más.

—Veamos la película —dijo Marius.

El filme era breve, sólo duraba algunos minutos, pero su efecto podía destrozar la razón del más equilibrado de los observadores.

Un grupo de mujeres y hombres, en otro poblado aislado, esta vez en el sur de Ceylán, se destrozaban en un combate furioso donde todos luchaban contra todos, sin armas, utilizando solamente sus dientes y uñas, desgarrándose, devorándose, descuartizándose como bestias salvajes. No parecían sufrir el dolor durante la lucha. Mujeres con el pecho hecho jirones continuaban combatiendo, aparentemente insensibles a las heridas monstruosas que brillaban sanguinolentas en los cuerpos convulsos. Hombres con los ojos reventados buscando a ciegas a sus adversarios para continuar una lucha perfectamente planificada por Barsal y su ciencia delirante.

Y los niños...

Los niños luchando como cachorros enloquecidos, brutalmente,

con una crueldad incapaz de atribuir a ninguna especie carnicera.

Marius interrumpió la proyección.

—Es demasiado, Rok. Y ahora, otra vez, está libre y organizando algo.

Rok pensó todavía en los otros sucesos consignados en la memoria fílmica de Mola y que revelaban la demencia asesina del enano.

Rechazó aquellos recuerdos. El y Marius habían conseguido atrapar a Barsal durante uno de aquellos actos de *vandalismo motivado,* como se limitó a explicar el monstruoso científico.

Y lo consiguieron sólo porque entonces, durante aquella última operación, Barsal todavía no sabía que los Vigilantes habían conseguido vincular aquellos terribles episodios imprevisibles y sangrientos con las investigaciones del enano. Que las computadoras del Laboratorio Genético, una vez descubiertos los robos y las desapariciones de los científicos, asociaron las posibles consecuencias de una labor criminal por parte del que fuera el genio indiscutible de su plantel. Rok y Marius ataron los cabos restantes y Barsal fue el único posible causante de aquellas terribles operaciones de experimentación en vivo, de genocidio sangriento.

Barsal *no* se había resistido, estaba solo y se limitó a sonreír obscenamente.

No dijo una sola palabra hasta que fue sometido a juicio. La tecnología que aplicaron en su interrogatorio fue hábilmente eludida por el supercerebro del monstruo.

—Creo que nos indujo a que lo detuviéramos, premeditadamente —reflexionó Rok.

Marius lo miró perplejo.

—¿Por qué habría de hacer una cosa así?

—Piensa un poco. No demostró en ningún momento estar atemorizado, no se resistió cuando lo detuvimos, se mostró deliberadamente cruel durante el juicio, aceptando todos los cargos con una expresión de deleite en su rostro deformado, creo que su detención ha sido parte de un plan que está ideando desde el principio.

—¿Con qué objeto? ¿Qué es lo que persigue?

—¿Qué es lo que han perseguido todos los hombres durante toda la historia de nuestra sangrienta civilización?

—El poder.

—¡Exacto! Aun hoy, cuando hemos alcanzado un grado de desarrollo casi ideal, estamos divididos en dos bloques que conviven armónicamente pero que disputan permanentemente en la exploración espacial, en el descubrimiento de nuevos planetoides que ofrezcan materias primas, en fin... ya sabes...

—Sí. Y, ¿para qué quiere Barsal el poder? Ya tiene todo cuanto necesita en su laboratorio, esté donde esté.

Creo que por fin Barsal ha demostrado tener una reacción diferente, una respuesta típicamente humana, odia, quiere vengarse por su monstruoso aspecto, necesita demostrar que es único, a pesar de su irremediable fealdad.

—La historia vuelve a repetirse —reflexionó Marius—, el tipo apocado que se convierte en gran general, el niño marginado que llega a presidente, la niña feúcha que alcanza el primer plano de la escena internacional.

—El monstruo deforme y genial que desea hacerse con el poder, con todo el poder.

Rok se quedó pensativo. Recordó el día en que, hacía ya dos años, le informaron de la fuga de Barsal.

Nadie podía explicarse cómo había sucedido. Simplemente no lo habían hallado en su celda de máxima seguridad en una de las escasas pero perfectas prisiones que todavía funcionaban en el Bloque Occidental, la prisión de Partuz, en el sur de California.

Un solo dato llamó la atención de los investigadores del caso, la súbita enfermedad que experimentaron en los días posteriores a la fuga algunos guardias de la prisión y que desapareció al cabo de un mes. Durante aquella enfermedad, los hombres habían demostrado una exagerada indolencia, falta de memoria y alucinaciones diurnas en las que se veían a sí mismos fuera de la prisión, gozando de una temporada de vacaciones.

Rok dedujo entonces que alguien había ayudado a Barsal, aplicando algunos de sus experimentos secretos en los guardias de la prisión. En cualquier caso no se pudo demostrar. Los análisis efectuados sobre los enfermos no dieron resultados anormales. Todo era un misterio más. Una nueva incógnita que incorporar al ya voluminoso «dossier Barsal».

—¿Por qué estás tan seguro de que se trata de una venganza?

También puede ser una continuación de su trabajo de investigador. Es amoral, no tiene ningún tipo de límite, puede dedicarse a experimentar con toda la humanidad sólo por su vocación desmedida.

Rok sopesó la pregunta de Marius y durante algunos minutos pareció estudiar la respuesta.

—¿Recuerdas exactamente lo que nos dijo durante el juicio?

—No, no exactamente.

—Nos miró con desdén durante unos momentos y luego dijo: «Vosotros conoceréis un dolor más agudo que el dolor físico, el dolor que provoca la debilidad más antigua que padecen los hombres normales, el amor, el final del amor.»

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Myra, mi mujer, estaba allí y se sintió espantada por el tono de aquella observación.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, dijo dos cosas importantes: primero, mencionó el amor como algo que no estaba a mi alcance y segundo, se refirió a nosotros, los hombres normales.

—Tal vez tengas razón.

—Era una amenaza, una promesa. Los primeros meses luego de su fuga temía que le ocurriera algo a Myra. Tomé sus palabras como una amenaza personal. Tú no tienes mujer, Marius y no puede hacerte daño en ese campo. Pero yo...

—Vamos, deja de preocuparte, Myra está en buenas manos mientras tú te encuentras fuera, trabaja en el sitio más defendido del Bloque Occidental, ni siquiera Barsal se atrevería a buscaría allí.

—¿No? —preguntó Rok, y su propia pregunta lo llenó de terror, como si en aquel preciso instante, la demencia vengativa del enano loco estuviera cerniéndose sobre la deliciosa Myra.

—Una semana más y podrás reunirte con tu muñeca privada. _

—La necesito, Marius y creo que me tomaré un par de semanas de descanso. Cumplimos once años de matrimonio.

—Vaya, chico, tienes un aguante superior a todos los pronósticos. No sé como una criatura atractiva como Myra todavía pueda soportar a un condenado Vigilante como tú.

—No busques pretextos para permanecer soltero, Marius, llegará un momento en que tendrás que buscarte una mujer, sólo una, y

entonces me reiré de ti.

—¿Qué haré yo con una sola mujer?

—Pregúntaselo a Myra, ella te dirá todo lo necesario.

Marius rió de buena gana, pensando en el rostro pícaro y en las respuestas, agudas de la mujer de su amigo.

—Ni siquiera Barsal conseguirá, herirme en ese aspecto —bromeó Marius, rota por fin la tensión provocada por el prolongado examen del peligroso criminal—. No sabrá de qué muchacha ocuparse si desea mortificarme, todas ellas reciben el mismo aprecio de mi duro corazón espacial.

—Bien, creo que merecemos un descanso —su giró Rok.

—Ve tú, amigo, yo todavía me quedaré un rato, quiero charlar con Mola.

CAPÍTULO II

—Esta es la situación, caballeros —dijo el comandante Rulow—. Se han producido alteraciones bacteriológicas de distinta gravedad en cuarenta planetoides. Alteraciones que incluyen envenenamiento controlado de la atmósfera, distorsiones en la conducta normal de las especies animales, ululaciones de especies vegetales y todos estos fenómenos en un ochenta por ciento han tenido lugar en planetas cuya característica física fundamental consiste en que sus temperaturas son menores a los veinte grados bajo cero. Todos los fenómenos habían sido planificados para que sus efectos afectaran a una mínima parte del objetivo propuesto lo que hace suponer que Barsal es nuestro hombre.

Rok miró a Marius. Los componentes del grupo de Vigilantes se removieron inquietos en sus butacas.

Habían presenciado una sesión filmada de los efectos devastadores que los fenómenos producidos por Barsal originaron en los cuarenta planetoides investigados.

—Nuestros satélites de inspección y control espacial no han vuelto a detectar ninguna alteración por lo que es de suponer que la primera fase de programa de Barsal ha terminado. No sabemos cuál será su próximo paso, pero debemos estar alerta. ¿Alguna pregunta?

Rok se puso de pie.

—Señor, creo que nos enfrentamos a una amenaza que afecta a la Tierra en su conjunto. Sugiero que coordinemos nuestros esfuerzos con los Vigilantes del Bloque Oriental.

—Todo ha sido dispuesto, comandante Soldor, actuaremos conjuntamente en cuanto las circunstancias lo exijan, tal vez ésta sea la oportunidad de acabar con la rivalidad absurda que separa los dos

bloques.

Rok Soldor tomó asiento. Su sugerencia había sido un pretexto para medir la gravedad de la situación. Si el Bloque Oriental había entablado conversaciones con ellos se debía al hecho de que Barsal también había intervenido con sus loca provocaciones en el espacio controlado por el propio Bloque Oriental.

—Bien, si no hay más preguntas, pueden retirarse. Tienen dos semanas de vacaciones. Dejen sus señas en la central de computación, podemos necesitarles en cualquier momento. Eso es todo.

Salieron de la sala de sesiones Preocupados y atemorizados.

—Es la primera vez que la Tierra se ve amenazada por un programa de destrucción como el que está desarrollando Barsal —dijo Marius.

—Pensaré en ello dentro de dos semanas, Marius. Voy a buscar a Myra y nos iremos al lago Darmon.

—Es un sitio muy apartado, Rok, no creo que sea prudente alejarse tanto, recuerda la amenaza de Barsal.

—No te preocupes, amigo, sé cuidarme.

—Bien, nos veremos en cuanto todo estalle.

—Estaremos en contacto, Marius, tú tienes mi código, llámame a la casa del lago.

—Tal vez te haga una visita, tengo una nueva amiga.

—No sé si te querremos con nosotros, tu vida es un tanto… perturbadora.

—Mis respetos a Myra —dijo Marius haciendo una exagerada reverencia.

Myra observó los datos de la computadora, extrajo la tarjeta perforada y la depositó en el archivo.

—Bien, capitán, me marcho.

—Felices vacaciones, Myra.

—Gracias, capitán.

Era una muchacha alta y hermosa. Su cabello oscuro, corto y lacio enmarcaba sugestivamente su rostro gracioso de altos pómulos arrebolados.

Los ojos maravillosamente negros, inteligentes y brillantes dirigieron una mirada al capitán, sus labios se distendieron en una maravillosa sonrisa y agregó:

—Capitán, por favor, no deje de comunicarme cualquier novedad. Estoy personalmente interesa da en el caso Barsal.

—Lo haré, Myra. Olvídate de nuestro monstruo por unos días y diviértete.

—De acuerdo, capitán, adiós.

Salió de la estancia, recorrió el largo pasillo que la llevaba hasta el elevador e introdujo su tarjeta de identificación para poder subir a él. La cápsula la llevó rápidamente hasta la superficie, ciento cincuenta metros más arriba.

Superó dos controles más antes de alcanzar el vestíbulo del edificio, una construcción de cristal sintético y aluminio enriquecido, a prueba de eventuales ataques nucleares.

Rok Soldor, junto a su *terrier,* aparcado bajo los árboles, aguardaba impaciente.

—¡Rok! —gritó Myra.

Rok corrió hacia ella y la estrechó contra si pecho. Hacía más de un mes que no veía a su esposa. Reconoció el perfume de la mujer, el aroma de sus cabellos, la tensión de su cuerpo sinuoso y el aliento cálido de su boca cuando los húmedos labios se cerraron sobre los suyos.

La besó largamente, procurando recuperar las caricias perdidas durante la separación, agitado por un deseo imperioso que parecía asaltar su sangre para confundirse con el temblor que le trasmitía la piel encendida de Myra.

—Te he extrañado tanto... —musitó la muchacha junto a su oído —, te he extrañado tanto...

La abrazó como si deseara fundirla contra su cuerpo, apresarla para siempre, guardarla dentro suyo, no separarse jamás de aquella criatura maravillosa.

—Vámonos, cariño, tenemos dos semanas para nosotros solos. Iremos en el *terrier* al lago Darmon y nos olvidaremos del mundo.

El vehículo era una especie de tanqueta propulsada con energía atómica y apta para todo terreno. Su estructura aerodinámica y blindada rematada en una cúpula de cristal también blindado y está provisto de dos cañones lumínicos.

— ¿Por qué vamos en un *terrier* blindado? —preguntó sorprendida.

—Razones de seguridad —replicó Rok, deseando abandonar el

tema.

—Se trata de Barsal, ¿no?

—Sí.

—¿Crees que intentará algo contra nosotros? ¿Contra mí?

—Myra, amor, olvidémonos de él. Ocurra lo que ocurra estaremos preparados para recibirle. ¿Confías en mí, no es cierto?

—Sí, pero tengo miedo.

—Olvídalo.

Rok puso en marcha el *terrier* y alcanzaron el viaducto de alta velocidad. A doscientas millas por hora enfilaron hacia las montañas.

—¿Crees que es prudente ir a un sitio tan aislado? —preguntó Myra, abrazada a su marido.

—Creo que nos merecemos una temporada de descanso y no podemos vivir siempre pendientes de la amenaza de Barsal. No quiero vivir recluido como un fugitivo, sería peor y acabaría volviéndonos locos.

—Tienes razón.

Myra estiró su rostro hacia el hombre y lo besé cálidamente en el cuello. Rok sintió el aliento encendido y el roce abrasador de sus labios.

—Me vuelves loco —dijo, acariciando la espalda de la muchacha.

—Aguarda a que lleguemos a la cabaña y te daré una lección práctica de cómo recuperar este mes de forzosa soledad.

—Salieron del viaducto al pie de la cadena montañosa para coger una pista comarcal, que se adentraba en un bosque de orgullosas y altísimas coníferas. —Va a nevar —dijo Myra.

El cielo se oscurecía con rapidez y a medida que ascendían la visibilidad se reducía paulatinamente. Rok encendió los focos del *terrier* y redujo la velocidad.

—Llegaremos en una hora. No tenemos apuro ¿verdad?

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella con picardía.

Continuaron el ascenso por una pista cada vez más neblinosa y oscura. Un viento helado azotaba las coníferas y unos minutos más tarde comenzó nevar.

—Es hermoso —dijo Myra—; tú y yo, solos el medio de la tormenta. Detén el *terrier*.

—¿En qué has pensado?

—No tengo apuro por llegar, ¿y tú?

Rok aparcó el vehículo junto a la pista. Desde ahí dominaban el valle nevado donde los pinos parecían un ejército mudo y maravillado ante la furia creciente de la tormenta.

Myra pulsó un botón y las butacas se reclinaron suavemente. La nieve comenzó a cubrir la cúpula de cristal y la calefacción interior contribuyó a crear una atmósfera mágica dentro de la cómoda cabina.

Rok despojó a la muchacha de su traje enterizo y recorrió con la mirada el cuerpo conocido y embriagador. Descubrió una vez más la oferencia de los senos erguidos y expectantes, el vientre chato y duro, las caderas amplias...

—Bésame...

Myra abrió los brazos y se estiró como una gata para recibir las caricias precisas del hombre que navegaba en su piel como un viejo bucanero experimentado.

—No quiero separarme de ti, nunca más... —suspiró, atravesada por el deseo—; no quiero que perdamos más días y noches, te necesito siempre... siempre...

Rok conquistó el cuerpo abierto y Myra respondió a aquella ofensiva creciente con el reclamo desesperado de la misma pasión que los reunía desde que se conocieran, ocho años antes.

La tormenta ahogó los suspiros y las palabras en voz baja, las frases encendidas y el estertor maravilloso de la última embestida.

—Te quiero tanto... —dijo Rok, besándola suavemente en los párpados.

Myra tensó su cuerpo y se irguió súbitamente.

—¿Qué te ocurre?

—He escuchado algo.

Rok incorporó las butacas y Myra comenzó a vestirse rápidamente. La nieve cubría completamente el *terrier*.

—¿Escuchas?

—Sí, parecen pasos... pasos metálicos.

—Barsal.

Rok la miró con una expresión seria. Operó en el comando del vehículo y en una pequeña pantalla vieron la pista nevada, la tormenta enfurecida sobre el valle y la ladera de la montaña que flanqueaba la pista en el lado opuesto a donde se hallaban aparcados.

Un punto rojo se encendió en la pantalla justo en el límite de visibilidad, sobre la pista.

—Algo o alguien se acerca desde el frente —dijo Rok.

—¿A qué distancia se encuentra?

—A unos cincuenta metros, pronto lo veremos en la pantalla.

Rok activó el sistema de vibración del vehículo y la nieve fue expulsada de la cúpula transparente.

—¡Allí está! ¡Oh, Rok, qué es eso!

A cuarenta metros de la nave surgió una figura alta y poderosa, metálica, que avanzaba firmemente hacia ellos.

—Un autómata —dijo Rok, empuñando el comando de los cañones lumínicos.

Apuntó al pecho del autómata y disparó.

El impacto detuvo al robot durante algunos segundos.

—No ha sido suficiente —dijo Myra angustiada—, aumenta la intensidad de disparo.

Rok puso al máximo el regulador de los cañones y volvió a disparar. Esta vez las pequeñas implosiones en cadena hicieron trastabillar al autómata, empujándolo hacia atrás, pero sin producirle daño alguno.

—Es inmune al rayo lumínico —dijo Rok.

—¿Qué haremos ahora?

—Tú continúa disparándole, no permitas que se acerque, yo me ocuparé de él.

Puso en marcha el motor atómico del *terrier* y enfiló hacia aquel ingenio antropomórfico que resistía los disparos precisos de Myra.

—Ajústate el anillo de seguridad, voy a embestirlo.

Aceleró el vehículo que saltó hacia adelante precipitándose contra el autómata erguido en mitad de la pista. Parecía una aparición fantasmagórica en el atardecer sombrío y tormentoso.

El hocico reforzado del *terrier* lo golpeó a la altura de la cintura. El autómata se dobló hacia adelante y sus largos brazos mecánicos se adhirieron a la cúpula de cristal. El rostro frío y sólido del robot quedó frente a ellos, separado por el delgado cristal blindado.

Los ojos eran pequeñas cámaras de televisión el único elemento vivo de aquel testuz liso, acerado.

Rok continuó la marcha, procurando ver el camino por la pantalla de radar. Las manos del autómata, garras punzantes y

poderosas rasguñaba: la cúpula produciendo un chirrido espantoso.

Myra lo miraba aterrorizada sin atinar a nada

— ¡Myra, el vibrador, pon en marcha el vibrador!

Avanzaban a una velocidad vertiginosa y el autómata se agitaba sobre el vehículo pero no parecía que aquella carrera lograra hacerlo caer. Myra puso en funcionamiento el vibrador, un sistema que permitía limpiar la superficie del todo terreno cuando se hallaba cubierta de barro, o sepultado en la nieve.

Habían llegado al punto máximo del camino, a la derecha el precipicio caía verticalmente en un abismo de más de trescientos metros. A la izquierda la ladera de la montaña también vertical parecía un interminable paredón cubierto de nieve

—¡Se está cayendo! —gritó Myra, aumentando la vibración.

El autómata se soltó, pasó por encima de la cúpula y cayó detrás del *terrier*.

Rok detuvo el vehículo y giró en redondo

—¿Qué haces? —preguntó Myra y su voz era un alarido angustiado.

Rok no respondió. El autómata estaba irguiéndose de espaldas a ellos.

Aceleró el *terrier* y embistió a la figura invulnerable. Esta vez el impacto alcanzó por detrás al robot y lo proyectó brutalmente contra la barra de protección que flanqueaba la pista del lado del precipicio.

Rok frenó el vehículo y dio marcha atrás. Siempre de espaldas el autómata había quedado en precario equilibrio, doblado sobre la barra de protección.

Rok disparó los cañones lumínicos contra la barra que estalló como si hubiese sido construida de barro cocido. El autómata perdió su base de apoyo y se tambaleó en el borde mismo del abismo.

Rok volvió a apretar los disparadores y esta vez los rayos lumínicos empujaron al monstruo mecánico que cayó pesadamente por el precipicio.

Myra suspiró profundamente y se apretó contra el cuerpo tenso y todavía desnudo de su marido.

Rok la besó en la frente y acarició los cabellos lacios y cortos con infinita ternura.

—Ya está, cariño, todo ha pasado, tranquilízate.

—Creía que jamás lo lograríamos, ¿cómo puede haber resistido

los rayos?

—Está construido del mismo material con que blindamos nuestras naves o este mismo *terrier*. Barsal conoce perfectamente nuestras armas.

—Debo comprobar si ha quedado inutilizado—dijo Rok, apartándose suavemente de ella y comenzando a vestirse.

Myra lo observó y de pronto, relajada ya la tensión vivida, estalló en una carcajada.

Rok la miró perplejo.

—Discúlpame amor, pero de pronto te he visto desnudo, luchando contra ese horrible robot y no he podido contenerme. Parecía una escena digna de un manicomio.

—Me alegro de que hayas recobrado tu sentido del humor —bromeó Rok.

—Ten cuidado —advirtió ella cuando Rok descendió del vehículo.

El viento y la nieve lo azotaron despiadadamente, el frío era intenso y debió cogerse con firmeza a la banda de seguridad para no caer, empujado por la tempestad.

Miró hacia abajo pero fue inútil, la visibilidad era nula a más de cincuenta metros y el precipicio superaba aquella distancia y se perdía tras una capa de nubes bajas.

Regresó rápidamente al *terrier*.

—¿Lo has visto? Está destrozado, ¿verdad?

—No he podido verlo y no he traído conmigo la lente de macrovisión, pero es de suponer que se debe haber destrozado con la caída.

Myra contuvo una expresión de horror que trepó como una alimaña hasta su garganta.

—¿Qué hacemos, amor? —preguntó en cambio, abrazándose a su marido.

—Continuamos el viaje, en la cabaña tengo todo lo necesario para resistir cualquier otra aparición macabra —dijo Rok con buen humor.

—Llamaré a la base y les informaré sobre lo ocurrido —dijo Myra, operando la radio del *terrier*.

—Buena idea —aceptó Rok, poniéndose nuevamente en camino.

—No funciona —dijo Myra al cabo de algunos intentos fallidos.

—Déjame ver.

Rok pulsó los controles de la radio y buscó la frecuencia de emergencia. No ocurrió nada.

—Tal vez el autómata cuando pasó sobre la cúpula arrastró la antena con él.

—Sí, es posible —reconoció la muchacha sintiendo que la aprensión volvía a invadirla.

—Vamos, cariño, no te inquietes, en quince minutos llegaremos a la cabaña y desde allí nos pondremos en contacto con la base.

—Discúlpame, estoy algo alterada.

—Pues debo confesarte que te sienta muy bien, procura conservar ese aspecto y seré tu esclavo.

CAPÍTULO III

La «cabaña», tal como Rok la llamaba, era una construcción que había sido diseñada según el modelo de las antiquísimas cabañas de los guardabosques, con techos a dos aguas para escurrir la nieve. Sin embargo, el aspecto era todo lo que la asociaba con las construcciones de piedra y madera utilizadas varios siglos antes.

El edificio, de dos plantas, estaba construido con aluminio enriquecido y las ventanas de cristal sintético convertían la vivienda en una fortaleza inexpugnable.

Rok detuvo el *terrier* ante la puerta del garaje incorporado a la casa y descendió bajo la nevada incesante. Ya era noche cerrada y los faros del vehículo iluminaban el portón sólido y sellado. Oprimió el pulgar de su mano derecha en una placa de material sensible y se abrió un panel. Extrajo su tarjeta de identidad y la colocó en una ranura del panel. La tarjeta fue devorada por la computadora que verificó los datos e inmediatamente un segundo panel, semejante al anterior, se deslizó para dejar al descubierto una lente. Rok acercó el rostro a la lente y su imagen fue recibida por la computadora que quedó satisfecha con la identificación total. Inmediatamente, el portón se abrió ante él y el sistema de iluminación exterior de la vivienda brilló en la oscura noche tempestuosa.

Myra condujo el *terrier* dentro del garaje y Rok volvió a cerrar el portón.

—Bien, hemos llegado. ¿Estás más tranquila ahora? —preguntó dulcemente.

—Sí, pero me sentiré mejor cuando nos comuniquemos con la base.

—Adelante. Puedes hacerlo tú misma mientras yo me encargo de

preparar una cena a la antigua.

La decoración de la cabaña respondía al amueblamiento antiguo, aunque estaba pertrechada con todos los adelantos científicos de máxima seguridad.

Rok preparó una cena opípara en el horno electrónico y se disponía a llevarla al salón cuando Myra lo llamó.

—El comandante Rolow ha dejado un mensaje para ti —dijo la muchacha.

Rok cogió los auriculares y se sentó ante la radio.

—Aquí, el comandante Soldor.

—Mensaje urgente del comandante Rolow, leo textualmente —dijo la voz metálica del operador de la base—. Licencia cancelada, repito, licencia cancelada. Debe presentarse pasado mañana a primera hora en la base. Participará en misión especial. Repito pasado mañana, día diecinueve de diciembre, a primera hora de la mañana.

—Entendido —dijo Rok con el ceño fruncido.

—Hasta entonces, deje el canal de su radio abierto.

—Está bien, así lo haré —gruñó por el micrófono.

—Final de la transmisión —dijo la voz mercurial del operador.

—¿Has escuchado? —preguntó Rok, volviéndose hacia Myra.

—Sí.

—¡Maldita sea mi suerte!

—Estamos juntos y tenemos dos noches completas y un día, procuraremos sacarles el mayor rendimiento.

Se besaron antes de sentarse a la mesa. Comieron alegremente, pero la sombra de Barsal flotaba en la cabaña como un duende maligno.

Se retiraron al dormitorio luego de echar un vistazo a los alrededores de la casa a través del circuito de televisión exterior.

Tomaron un largo baño caliente antes de deslizarse desnudos entre las sábanas.

—¿Sabes, Myra? Cuando te tengo así, estrechada contra mi cuerpo y te miro a los ojos siento lástima por Barsal. Jamás conocerá la verdadera dicha.

Pasaron casi todo el día siguiente acostados, levantándose sólo para comer. Al promediar la tarde, sentados junto a un fuego crepitante, escucharon los primeros alaridos.

Myra saltó de su butaca y corrió hacia la ventana del frente.

Miró a través del cristal blindado y lanzó un grito de horror.

— ¡Rok!

Afuera, a diez o quince metros de la casa, de pie sobre la nieve blanda, estaba el autómata. A su lado había dos hombres desnudos con una expresión salvaje en sus rostros contraídos.

Los hombres vieron el rostro de Myra y se lanzaron a la carrera contra la ventana, se golpearon contra el cristal y lanzando alaridos horripilantes volvieron a intentarlo una y otra vez hasta que sus rostros sangrantes se transformaron en enloquecidas máscaras contrahechas.

—Rok, ¿qué es esto, qué les sucede? ¿Por qué se comportan de ese modo? —musitó Myra al borde del *shock*.

Los hombres, impotentes de alcanzarlos, se lanzaron el uno contra el otro ante la mirada vigilante del autómata y comenzaron a morderse y golpearse como bestias sanguinarias.

Rok apretó a Myra contra su pecho apartándola de aquella escena demencial.

A dentelladas, los dos combatientes se destrozaban mutuamente como si sólo les importara descuartizarse, más allá del dolor, profiriendo gritos cada vez menos estentóricos, agonizando desangrados por la lucha bestial.

—Es uno de los experimentos de Barsal —dijo Rok, apartándose de ella y cogiendo un fusil lumínico. Abrió la ventana ligeramente, sacó el cañón del fusil por el pequeño espacio y disparó sobre aquellos pobres seres mutilados.

Myra ahogó un sollozo de espanto.

El autómata observó con sus ojos artificiales el final de los luchadores y avanzó hacia la ventana.

—No te preocupes, no puede hacernos daño, pero tenemos que marcharnos de aquí. Yo me ocuparé del robot.

Myra retrocedió mirando fijamente la ventana contra la que golpeaba furiosamente el hombre mecánico.

—Quédate aquí regreso enseguida.

Subió a la segunda planta y conectó un largo cable en el generador que abastecía de electricidad a la vivienda. Enrolló el cable y lo colgó de su hombro, luego miró hacia el exterior. El robot continuaba golpeando infructuosamente la ventana de la planta baja.

Se deslizó afuera por una ventana, sosteniendo hacia abajo el extremo del cable para que ningún copo de nieve lo rozara y produjera un cortocircuito. Caminó con precaución sobre el tejado inclinado, sometido por la fuerza del viento helado. Llegó justo encima del autómata y comenzó a deslizar el cable arrollado en su hombro. El extremo, rematado en una anilla metálica fue alcanzado por la nieve y chisporroteó produciendo un sonido crepitante que se escuchó claramente por el silbido del viento.

El robot alzó el testuz y sus ojos-cámara se clavaron en Rok. Dejó caer el cable y la anilla se prendió a la estructura metálica. Se produjo entonces un estampido, el robot llevó sus manos en pinza hasta el cable y las cerró sobre él consiguiendo así un contacto más firme.

Rok, en un equilibrio precario sobre el tejado cubierto de nieve, fue arrastrado hacia abajo por los descontrolados forcejeos del autómata y cayó pesadamente a su lado. Se levantó confusamente y miró hacia la ventana, el rostro demudado de Myra se convirtió en una máscara desesperada.

—¡El *terrier!* —gritó Rok, incorporándose a duras penas, hundido hasta las rodillas en la nieve blanda.

Myra permaneció aterrorizada, mirándolo fijamente.

—¡El *terrier,* saca el *terrier!* —volvió a gritar, señalando con gestos imperativos hacia el garaje.

Myra comprendió y su rostro adquirió una expresión diferente cuando se puso en movimiento y desapareció de la ventana.

El autómata continuaba forcejeando con el cable de poderosa tensión, adherido a él por la fuerza despiadada de la corriente eléctrica.

Rok se deslizó hacia el garaje sin dejar de observar al hombre-mecánico. Los ojos-cámara lo seguían continuamente y con una capacidad de resistencia que Rok no había supuesto, el robot comenzó a desplazarse, lenta pero inexorablemente hacia él.

El portón se deslizó suavemente y el hocico aguzado del *terrier* salió al exterior.

El portón se cerró automáticamente tras él y la iluminación de la casa cesó, interrumpida por el mecanismo que cortaba la electricidad. El cable dejó de transmitir corriente al cuerpo mineral del autómata y cayó a su lado como un gusano inservible.

Rok saltó hacia la compuerta del terrier y el robot estiró los brazos metálicos hacia él. Miró hacia atrás y comprobó que jamás lograría entrar al vehículo, las garras afiladas estaban a pocos centímetros de su rostro.

Vio la mano de Myra empuñando la pistola lumínica junto a su mejilla y apretar el disparador. El rayo letal alcanzó los ojos-cámara del autómata y, sin visión, lo obligó a alejarse unos pasos. Rok entró como una exhalación dentro de la cabina del *terrier* y asió los controles. El vehículo se desplazó rápidamente alejándose del monstruo enloquecido y ciego.

—¡Dispara otra vez, Myra, a la cuenca vacía de los ojos! —gritó Rok, haciendo que el todo terreno se ubicara en una buena posición de tiro.

Esta vez Myra utilizó los cañones lumínicos de máxima potencia y apuntó a las cuencas destrozadas de los ojos-cámara. Los haces provocaron allí una sucesión de pequeñas explosiones en cadena que esta vez sí alcanzaron la minicomputadora cerebral cuya programación controlaba al monstruo.

En algunas décimas de segundo las explosiones crecieron hasta convertirse en una verdadera bomba de increíble poder destructivo y un estallido feroz dentro del testuz invulnerable paralizó definitivamente al autómata.

Myra se volvió hacia Rok y lo abrazó sollozando.

—Creí que te alcanzaría, jamás en mi vida he pasado tanto miedo.

—Has tenido una excelente idea apuntando a los ojos-cámara —dijo Rok, acariciando suavemente el cabello de la muchacha.

—Fue instintivo, Rok. Era el único blanco vivo en su cabezota lisa.

—Míralo ahora, amor.

El robot parecía una enigmática estatua cibernética, paralizado sobre la nieve, vestido de blanco y con su enorme y poderosa estructura intacta. Sólo el interior de su testuz había sido destruido.

—No es tan fiero, ¿no crees? —bromeó Rok.

—Por favor, cariño, volvamos a la base.

Condujo el rápido todoterreno hacia la pista y a velocidad reducida regresaron flanqueando el precipicio hasta la autovía donde por fin pudieron aumentar la velocidad en dirección a la base.

—Han sido unas vacaciones breves, ¿eh? —dijo Myra, apoyando la mejilla en el hombro de su marido.

—Sí, breves, aunque bastante intensas, no recuerdo haberme excitado tanto desde que tú y yo, muchachita adorable, decidimos casarnos.

—Bueno…, creo que nuestra luna de miel tuvo sus momentos frenéticos, ¿recuerdas?

Rok pasó un brazo sobre el hombro de la mujer y condujo con una sola mano hasta llegar a destino.

CAPÍTULO VI

—Sé que os preguntaréis por qué he interrumpido vuestras merecidas vacaciones —comenzó a explicar el comandante Rulow— pero nos encontramos en presencia de una situación que requiere los servicios de nuestros mejores hombres.

Miró fijamente a Rok y luego a Marius.

—Vosotros conocéis perfectamente el caso Barsal. El comandante Soldor ha sufrido un atentado en su casa de las montañas y es de suponer que no será el último.

Rok se movió en su butaca y buscó la mirada de Marius con una expresión interrogativa.

Marius se encogió de hombros. Había ocho Vigilantes en el salón de sesiones y todos aguardaban las instrucciones de Rolow.

—Este año se cumple el vuelo número mil del *Columbia.* Todos vosotros conocéis la nave, el mayor crucero espacial de placer ideado por el hombre y perfeccionado durante los últimos mil años, cuando aquel rudimentario prototipo norteamericano surcó el espacio para fascinación de un mundo que todavía se hallaba sometido a la crisis económica y social, a la guerra de rapiña, al hambre y a la pugna sanguinaria entre aquellas antiguas superpotencias. Hoy existen dos Bloques en la Tierra, nos disputamos pacíficamente el espacio y creo que a pesar de la competencia y el afán de superación, los dos Bloques consiguen por la vía de la paz representar un instinto básico que el hombre todavía no ha conseguido superar: la ambición de poder.

Hizo una pausa y miró uno a uno a todos los Vigilantes silenciosos.

—Os preguntaréis seguramente por qué os largo este discurso.

Pues bien, ocurre que la amenaza de Barsal amenaza este equilibrio que nos ha llevado siglos obtener.

Hasta aquel momento, el comandante Rolow no había dicho nada nuevo, sin embargo había conseguido crear una atmósfera de suspense y sonrió levemente al comprobar las expresiones interesadas y expectantes de sus hombres.

—Los dos Bloques hemos coincidido en que la oportunidad que Barsal aguardaba para dar un zarpazo definitivo a nuestro mundo ordenado se producirá el día 31 de diciembre, es decir, dentro de once días. El día en que el *Columbia* con sus dos mil viajeros y sus cuatrocientos tripulantes emprenda su viaje número mil.

—Señor —dijo Rok—; he escuchado rumores de que las plantillas ejecutivas de los dos Bloques viajarán en el *Columbia* en ese vuelo con el propósito de llegar a un acuerdo de mayor colaboración.

—Exactamente.

—¿Quiere decir que a pesar de la *amenaza Barsal,* como usted la denomina, el vuelo se realizará según lo planificado?

—Así es.

—Es un riesgo demasiado grande, comandante —dijo Marius.

—Esa es la razón por la que vosotros estáis aquí esta mañana. La cuestión es ésta, los representantes máximos de los dos Bloques, viajeros del *Columbia,* han decidido que un momento histórico como éste, que ha llevado varios siglos de preparación, de civilización, de compresión mutua, no puede interrumpirse por la amenaza de un monstruo homicida y demente. ¿Qué seríamos nosotros, los responsables de crear un mundo mejor, si interrumpiéramos nuestro proyecto por la existencia de Barsal? ¿Qué sentiría la opinión pública, de qué modo se sentiría afectada? ¿Acaso no se preguntaría para qué hemos llegado a este nivel de desarrollo si una criatura aislada, poderosa pero aislada, puede poner en peligro toda nuestra forma de vida?

—Es un buen razonamiento, señor. Pero insisto en que los riesgos son demasiados —dijo Marius.

—¿Qué ocurrirá si Barsal hace estallar el *Columbia* con todos los personajes dentro? —preguntó Rok.

—Hemos estudiado separadamente las posibilidades de que ello ocurra en las computadoras madres de los dos bloques. El cálculo de probabilidades justifica el riesgo —dijo con firmeza el comandante

Rulow.

—Es posible —aceptó Rok poniéndose de pie y paseándose reflexivamente por la estancia—; quiero decir que Barsal desea hacerse con el poder y para ello emplea técnicas de presión como sus experimentos de combate bacteriológico. Apela al mismo sistema utilizado hace siglos por las grandes potencias: la amenaza atómica en aquella era, la exigencia de las más desarrolladas y en última instancia, la guerra.

— Ese es el planteo, Rok —dijo con simpatía el comandante.

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—Usted, Marius y Myra irán en el *Columbia*.

Marius se removió inquieto en su butaca.

—Es una operación voluntaria, caballeros. Si se niegan a participar en ella su decisión no afectará a sus hojas de servicio.

—¿Por qué Myra? —preguntó Rok.

—Porque ella y usted embarcarán como pasajeros en la nave. Es de suponer que si Barsal intenta algo debe tener algunos de sus hombres dentro del *Columbia*. Usted y Marius tendrán carta blanca para hacer lo que mejor convenga.

—¿Plenos poderes?

—Plenos poderes —dijo Rulow.

—Tengo que discutir este punto con mi mujer, señor.

—Ella está de acuerdo, comandante. He tenido una breve charla con Myra antes de esta reunión. No se lo hubiera propuesto de no estar seguro que ella aceptaría.

—Tienes una mujer sorprendente, muchacho —dijo Marius palmeando a su amigo—, acabáis de salvaros por un pelo del ataque vengativo de Barsal y ella ya está nuevamente en pie de guerra. Bien, comandante Rulow, confieso que no me gusta nada la idea de hacer un viaje de placer en el *Columbia* precisamente ahora, pero jamás dejaré solos a Rok y Myra, no pueden vivir sin mí y necesitan un ángel de la guarda.

Los demás Vigilantes no viajarían dentro del *Columbia* sino que pilotarían sus naves de combate a una distancia prudencial.

—Bien, ahora si os parece, discutiremos el plan de acción, un plan estrictamente defensivo, el *Columbia* no debe sufrir las iras de Barsal.

* * *

Aquellos diez días que precedieron al viaje de la inmensa astronave de placer fueron de una actividad febril. Rok, Marius y Myra se familiarizaron con el *Columbia* recorriendo sus kilómetros de pasillos, revisando uno por uno todos los camarotes y salones. Examinando cada compartimiento de almacenaje, y en general la monumental infraestructura de la que se había convertido en la más sofisticada, lujosa y segura embarcación celeste.

Su aspecto era el de un gigantesco plato central, cubierto por una campana de material transparente que parecía una burbuja aplanada y en el cual se acomodaban perfectamente los dos mil pasajeros. A proa y a popa de aquel disco., la estructura se prolongaba en una protuberancia metálica con forma de cabeza de tiburón. En ella viajaba la tripulación y allí se concentraban todos los servicios de vuelo. En la popa, la protuberancia, similar aunque más aguzada y de la que sobresalía una aleta direccional, incluía la alacena del *Columbia,* sus depósitos atómicos y el hangar de pequeñas naves de socorro para el caso eventual de que hubiera necesidad de abandonar la astronave.

Conocer cada rincón, cada pasadizo, cada instalación, fue una aventura en sí misma. Luego, por la noche, cuando los tres amigos regresaban de su paseo diurno por las entrañas de la nave, debían estudiar los planos hasta conocer de memoria el campo donde podría desarrollarse la batalla decisiva contra el monstruo homicida, el enano demente, el genio Barsal.

Los cuatrocientos miembros de la tripulación eran asistidos por una legión de robots que se ocupaban de las tareas más duras. Cuatro sofisticadas computadoras, dos en activo y dos de emergencia, estaban programadas para cumplir con el plan de vuelo del *Columbia* aún en el caso de que por algún accidente todos los miembros de la tripulación capacitados para pilotarla sufrieran alguna imposibilidad.

El *Columbia* representaba el máximo milagro tecnológico terrestre dedicado en exclusiva a proporcionar placer a sus huéspedes. Cada viaje duraba tres meses, realizaba tres periplos anuales y permanecía entre uno y otro durante treinta días en tierra a fin de prepararlo para el siguiente crucero espacial.

El crucero número mil, aquel día treinta y uno de diciembre del

año dos mil novecientos ochenta era un acontecimiento histórico. Todas las personalidades de los dos Bloques viajaban en la astronave con su familia.

La noche del treinta de diciembre, Rok, Myra y Marius cenaron juntos.

—He pensado que si el cálculo de probabilidades falla y Barsal hace volar el *Columbia* por algún medio desconocido, será un acontecimiento similar a la decapitación en masa de todos los líderes terrestres.

—Marius, cariño —dijo Myra oprimiéndole las manos—, no seas tan pesimista. Tal vez no ocurra nada y si ocurre podremos neutralizarlo y si no... bueno nos enfrentaremos con ello cuando se presente. ¿De acuerdo?

—Rok, quiero una mujer como la tuya —bromeó Marius.

—No existe, yo tengo la exclusiva, amigo.

—No te preocupes, Marius, ¿sabes cuántas mujeres componen la tripulación del *Columbia,* aparte de las viajeras? Cien mozas elegidas especialmente por su belleza e inteligencia. Te volverás loco en cuando alcemos vuelo y ya no pensarás más en esta avejentada servidora.

—¿Cuántas mujeres calculas que habrá entre las pasajeras? —inquirió Marius.

—Será un placer para ti descubrirlo personalmente, ¿no lo crees así, don Juán?

—Bien, con semejante pronóstico será mejor que me retire a descansar, me espera una misión agotadora, tanto si aparece Barsal como si no lo hace.

Besó suavemente a Myra, palmeó a Rok y se retiró del comedor de la base.

—Cariño, creo que nosotros también tendríamos que retirarnos —dijo Rok, con los ojos brillantes.

—¿A descansar también? —inquirió ella con picardía.

—Vamos, improvisaremos sobre la marcha.

Se encerraron en el cuarto que tenían asignado y cayeron hambrientos sobre la cama.

Rok sobrevoló la piel ardida de Myra, aleteando sabiamente sobre la rotunda alegría de sus senos, acariciando la curva magnífica de su cadera, besando los labios anhelantes, bebiendo su aliento agitado.

—Oh, Rok, prométeme que iodo saldrá bien —gimió dentro de la boca del hombre.

—Te lo prometo, amor, confía en mí...

Las palabras se ahogaron ante la presencia acuciante del vendaval que los recorría. Los músculos se tensaron como cuerdas y la piel pareció cobrar vida en la danza creciente de los cuerpos.

—Amor... —gimió Myra con un último suspiro.

Afuera, en la plataforma de lanzamiento del *Columbia* un suave ronroneo anunció que el dispositivo de funcionamiento de los poderosos motores de la astronave comenzaba su trabajo.

Mientras Rok apoyaba su rostro sobre el pecho tembloroso de Myra y los dos, cerrados los párpados, recuperaban el aliento, en la plataforma de despegue se producía un hecho muy particular.

Un hombre ataviado con el traje de los operarios de mantenimiento tripulaba un monomóvil eléctrico en el que transportaba un extraño aparato de forma cuadrangular.

El guardia de mantenimiento lo detuvo ante la compuerta del elevador que comunicaba con el depósito de almacenaje del *Columbia.*

El operario oprimió el pulgar de su mano derecha sobre la placa que el guardia sostenía en sus manos y una lucecita verde autorizó su paso.

El montacargas llevó la caja hasta el depósito y el operario buscó el sitio previsto, dejó su mercancía y regresó al elevador. Pasó ante el guardia y se dirigió hacia la salida de la plataforma. Pocos metros antes de llegar, el monomóvil pareció perder el control y se estrelló contra una de las columnas estructurales del inmenso hangar.

Cuando corrieron hacia él para ver qué había sucedido, el hombre ya había muerto. En el pecho, justo a la altura del corazón mostraba una protuberancia.

Se apresuraron a llevarlo a la sala de urgencias de la base y allí dos médicos espaciales le quitaron el mono de trabajo.

En el pecho, abierto como una flor sangrante, el corazón había estallado.

El encargado de sanidad de la base, en presencia del comandante Rulow efectuó la autopsia del cuerpo introduciendo los tejidos obtenidos del cadáver en la computadora de detección epidérmica, pero todos los análisis resultaron negativos, en el cuerpo del operario

no había ninguna sustancia que permitiera suponer que había sido un asesinato.

El equipo de inspección recorrió con instrumentos especiales de detección el depósito del *Columbia,* los resultados coincidieron con el de la última inspección: absoluta normalidad.

En cualquier caso y antes de la partida de la nave, el comandante Rulow alertó a Rok y Marius sobre el hecho.

—No creo que el accidente ocurrido con el operario sea casual, sin embargo las comprobaciones realizadas no han llevado a ningún resultado positivo. De todos modos, estad alerta.

A las diez de la noche del día treinta y uno de diciembre, todos los personajes de los dos Bloques y demás viajeros estaban ya en la nave, perfectamente acomodados. Rok y Myra habían subido a media tarde, confundidos con los demás y Marius lo hizo poco después de la nueve.

Los silbidos y las sirenas de la base anunciaron la partida del *Columbia.* La monstruosa cosmonave de placer alcanzaría precisamente a medianoche el límite exterior de la atmósfera terrestre para recorrer durante tres meses el sistema solar. En ese instante, justo al finalizar el año, daría la fiesta de bienvenida.

Myra y Rok recorrieron la nave, observando detenidamente a todos los viajeros, procurando observar algún detalle llamativo, pero nada ocurrió.

—Es como buscar una canica en el océano —dijo Myra, acodada en la baranda que flanqueaba el mirador del *Columbia,* en la cénit de la inmensa cúpula transparente.

—Tendremos que aguardar que den el primer paso.

—Si es que en efecto Barsal ha decidido ocuparse del *Columbia.*

—No dudes de ello, cariño.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo siento aquí —dijo Rok, señalándose el pecho—, ese accidente en la plataforma no ha sido una casualidad.

—Tú sabes o supones algo que no me dices.

Rok miró el rostro delicioso de Myra, acarició sus mejillas bajo el inmenso cielo flotante y luego con expresión muy seria, dijo:

—Creo que Barsal se encuentra a bordo del *Columbia.*

CAPÍTULO V

Marius golpeó en la cabina de Rok, junto al sector que comunicaba con el área de comando del *Columbia*.

—¿Alguna novedad? —preguntó, entrando en la cabina.

—Todavía no —dijo Rok—, pero creo que hemos menospreciado a Barsal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marius.

—Rok cree que Barsal está a bordo, en algún sitio del *Columbia* —intervino Myra.

—¿Por qué lo crees?

—Porque he estado pensando. No podría llegar hasta la nave desde el exterior sin ser avistado por todos los radares y detenido por las patrullas de custodia.

—Huyó de la cárcel más segura sin que todavía hayamos podido explicarlo totalmente.

—Marius tiene razón —dijo Myra.

—Sé que la tiene, pero Barsal no atacará desde el exterior, lo hará desde aquí mismo, desde el propio *Columbia*.

—¿Crees que la muerte de ese operador de mantenimiento es suficiente para formular semejante hipótesis? —preguntó Marius.

—Tal vez lo sea. En cualquier caso creo que deberemos vigilar atentamente las cabinas que estén en contacto con las áreas de comando y de almacenaje. Quiero que me notifiquéis cualquier hecho anormal, por nimio que os parezca.

—¿Y el servicio de seguridad de la nave? —preguntó Myra.

—Saben que estamos a bordo pero no conocen nuestra identidad, de modo que a menos que sea absolutamente necesario no os deis a conocer.

—Bien, si eso es todo, me largo. He de vestirme para la fiesta de esta noche. Ya son las once, sólo tenemos una hora antes de alcanzar el espacio exterior y el inicio del nuevo año. He visto ya a algunas inquietantes criaturas de aspecto prometedor.

—Diviértete, Marius, pero sin dejar de observarlo todo, y recuerda, has de ir permanentemente armado.

La fiesta fue excepcional. Más de dos mil personas reunidas en una amplia burbuja en medio del espacio infinito, celebrando el advenimiento del nuevo año. Música y baile para algunos, sesiones de juegos para otros, ceremonias de fantasías motivadas y todo el amplio espectro de diversiones desarrollado por siglos de experiencia y aprovechamiento tecnológico.

Rok abandonó a Myra en la pista de baile.

—Iré a echar un vistazo, nos encontraremos aquí mismo en un par de horas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no tomes ninguna iniciativa, si ves algo sospechoso limítate a comunicarte conmigo o con Marius por el minitransmisor, no quiero que corras riesgos innecesarios, ¿me has entendido?

—Sí, mi comandante —rió Myra, echándole los brazos al cuello y besándolo con violencia.

—En dos horas sabremos si Barsal ha decidido dar el golpe esta noche.

—Cuídate.

Rok se mezcló con la gente, observándolo todo con interés, procurando descubrir alguna señal que llamara su atención. Sin embargo la tarea no era sencilla, los pasajeros se movían continuamente de uno a otro sitio y el ambiente festivo hacía la vigilancia más difícil.

—¿Todo en orden? —preguntó por el minitransmisor.

—Estupendo —replicó Marius.

Salió del inmenso salón circular por un pasillo que comunicaba con la zona de cabinas de la tripulación. Anduvo paseando por los solitarios corredores cruzándose de vez en vez, con algún tripulante que corría presuroso a cumplir con un recado.

Llegó hasta el final del pasillo más alejado del salón central. Una compuerta comunicaba con los depósitos del *Columbia.*

Miró la hora y descubrió que ya era casi la una de la madrugada.

La fiesta estaba en su apogeo. Se apoyó en la compuerta sintiendo que el corazón la latía frenéticamente. Algo estaba por ocurrir, lo presentía.

A pocos metros de donde se hallaba Rok, dentro del depósito de mercancías del *Columbia,* un minúsculo pitido comenzó a sonar en la caja cuadrada que transportara el operador muerto.

La caja se abrió por los cuatro costados y en medio de ella se irguió una figura diminuta, contrahecha y de ojos brillantes en la escasa luz del depósito.

Al abrirse, la caja quedó convertida en un panel de mando lleno de complicados circuitos, censores y pantallas. En medio, John Barsal, sonreía mefistofélicamente.

Aplicó un dedo blanco y delgado sobre la palanca de apertura de los circuitos y todo el panel de mando pareció cobrar vida. Innumerables monitores de diferentes colores se encendían y apagaban continuamente.

Los ojos muy juntos sobre la nariz torcida, se concentraron en la pantalla principal del panel. Allí aparecía la imagen filmada de la fiesta que se desarrollaba en el salón circular, una fiesta apoteósica, donde todos se divertían en la ignorancia del peligro que se cernía sobre el *Columbia.*

Con deliberada lentitud, Barsal recorrió el salón observando las parejas arrullándose, los jóvenes en plena danza, los mayores bebiendo y sonriendo, enfrascados en alegres conversaciones y luego, en un extremo del salón, por sobre el nivel de la pista de baile, encontró lo que deseaba.

Los equipos dirigentes de los Bloques terrestres se hallaban reunidos en una especie de palco, disfrutando la primera noche celestial del *Columbia.*

Una mueca sardónica se dibujó en la boca de labios obscenos y Barsal decidió pasar a la acción.

Introdujo un pequeño circuito en el panel de comando, comprobó la frecuencia y lanzó un mensaje inaudible para el oído del hombre pero que sí era captado por la minicomputadora que controlaba la actividad de los robots a bordo. Aquella operación determinó que Barsal pudiese sustituir a distancia el programa de los robots por su propio programa, un programa de muerte. Volvió a dibujar una mueca en su rostro de payaso perverso y dio comienzo al primer acto

de su plan.

* * *

—Myra, ¿estás bien? —preguntó Rok por el minitransmisor, echando a caminar por el pasillo, alejándose de la compuerta que comunicaba con el depósito.

—Sí, todo parece estar en orden, creo que esta vez tus intuiciones te han fallado.

—Ojalá sea así, chiquilla, voy para allá. Dile a Marius que se reúna con nosotros dentro de media hora.

—Te estaré esperando, cariño.

Cortó la comunicación.

Los largos corredores, flanqueados de puertas idénticas, aparecían solitarios. En la noche de la fiesta todo el personal se hallaba cumpliendo alguna actividad.

El robot apareció en el extremo del corredor.

Era un robot-obrero, montado sobre ruedas y con varios brazos mecánicos programados para cumplir diferentes actividades, desde la limpieza hasta las pequeñas reparaciones. Venía en dirección opuesta a la que llevaba Rok, y estaba a unos cuarenta metros de distancia.

Rok lo miró recordando de inmediato el encuentro con el autómata indestructible en la cabaña del lago Darmon. Y tal vez fue eso lo que lo salvó. Un sexto sentido lo hizo observar con desconfianza al ingenio cibernético justo en el instante en que aumentaba, su velocidad y procuraba arrollarlo.

Rok extrajo rápidamente su pistola lumínica, vio su propia imagen en la pantalla frontal que dirigía al robot y disparó con precisión.

La pantalla estalló y el robot quedó detenido en medio del pasillo con sus circuitos destrozados.

—¡Myra! —gritó por el minitransmisor, pero no obtuvo respuesta —. ¡Myra, respóndeme! —repitió, pero el transmisor parecía haber enmudecido.

Corrió hacia el salón circular por los pasillos. Un segundo robot semejante al anterior salió entonces de una de las cabinas. Rok se detuvo, pistola en mano, y aguardó. La pantalla frontal del robot reflejó su imagen y Rok, sin aguardar el ataque, disparó.

Pasó a la carrera junto al autómata destrozado y continuó a lo largo de un pasillo transversal hasta hallar el corredor que llevaba directamente al salón circular central, bajo la burbuja transparente.

No escuchó la música, ni tampoco las risas y conversaciones de los invitados. Vio solamente, a través de la abertura del extremo del corredor, a un gran número de personas inmóviles. Su cerebro trabajaba aceleradamente.

Extrajo de su traje una máscara y la adhirió a su boca y nariz. Aquella protección lo aislaría de cualquier producto etéreo del que se valiera el enano homicida para controlar a los viajeros.

Avanzó con precaución, adherido a uno de los paneles del corredor, procurando hacer el menor ruido posible. Iba abriendo una a una las puertas de las cabinas para comprobar que no había nadie en ellas. Todas estaban vacías, tal como había supuesto. En su reloj verificó que era la una y media de la madrugada, el momento que él había previsto como el más apto para una acción criminal, el momento en que todo el mundo estaría reunido en el gigantesco salón circular.

La figura de un robot cerró su paso en el extremo del corredor. Barsal estaba cortando las salidas, no deseaba que nadie se alejara del salón.

Rok entro en una cabina vacía, la última del corredor, cerró la puerta por dentro y volvió a insistir en su minitransmisor.

—¡Marius! ¡Myra!

Silencio.

—Marius, ¿estás allí?

—Has llegado en un momento inoportuno, Rok —dijo la voz conocida de Marius.

—Por todos los diablos, Marius, ¿dónde estás?

—¿Qué...? Estoy en una cabina con una dulce prisionera.

—Escúchame bien, ponte inmediatamente la máscara, Barsal ha dado el primer paso y ten cuidado con los robots, parecen haber enloquecidos, elimínalos apenas los veas. ¿Entendido?

—Sí, pero... ¿dónde está Myra?

—En el salón principal con el resto de los viajeros, creo que Barsal les ha aplicado alguno de sus inventos, Myra no responde.

—Voy hacia allá.

—No, procura eludir los corredores, ¿recuerdas los conductos de

ventilación?

—Perfectamente.

—Bien, procura llegar por uno de los conductores hasta el salón, yo haré lo mismo. ¿De qué lado estás?

—En el área de comando.

—Bien, yo estoy en el área de depósitos, podremos cubrir el salón desde ambos extremos y planear algo.

—¿Qué hago con la chica?

—¿Qué chica?

—¿Con quién diablos te crees que estoy en esta maldita cabina?

—De acuerdo, llévala contigo, puede resultarnos de alguna utilidad. No se pondrá histérica, ¿verdad?

—No lo haré —dijo la chica por el transmisor.

—Bien, no tenemos tiempo que perder Marius, te llamaré en cuanto llegue a una de las bocas de ventilación sobre el salón.

—Corto.

Quitó el panel que daba acceso al conducto de ventilación de la cabina y trepó a él. Era un pasillo de setenta centímetros de ancho por cincuenta de alto. Los anchos hombros de Rok apenas si podían deslizarse por él. Recorrió unos diez metros y consiguió salir a un conducto mayor que corría por sobre el pasillo y que desembocaba en el salón. Dobló por él y avanzó rápidamente. Sentía el sudor en su cuerpo y bajo la máscara. En las palmas de las manos y en el cabello que se pegaba a su rostro.

Apretó la pistola con la mano derecha y se impulsó con el antebrazo izquierdo hasta aplastar el rostro contra la boca de salida del conducto. Allí estaban todos, más de dos mil personas, inmóviles como estatuas, vigiladas por numerosos robots, los mismos que servían para las tareas de servicio en el *Columbia*.

«No puede haber alterado uno a uno los programas de todos los robots», pensó Rok.

—He llegado —dijo la voz susurrante de Marius.

—¿Dónde estás?

—Sobre el corredor principal.

Rok miró a través del enrejillado que cubría la salida del conducto y alcanzó a divisar del otro lado del salón circular, como un minúsculo punto, la rejilla correspondiente al conducto en el que se hallaba Marius.

—Estoy exactamente enfrente —dijo Rok.

—Bien, y ahora… ¿qué hacemos?

—Aguardar, toda esta gente está consciente, sólo que algo la ha inmovilizado. ¿Puedes ver a Myra? Está a tu izquierda, junto a los dos pilares gemelos que sostienen la cúpula.

—No, está muy lejos, aguarda… aguarda un instante, sí, la veo, allí está.

—Bien, no la pierdas de vista. Si Barsal la descubre, la matará.

—Caballeros —dijo una voz grave y áspera, por los parlantes del *Columbia*—, mi nombre es John Barsal. La nave está en mi poder. Quiero que veáis unas imágenes.

Rok sintió que la impotencia inundaba su pecho cuando los robots-obreros cogieron los pasajeros y, como si no fueran más que soldaditos de plomo los ordenaron a uno y otro lado del salón, dejando en medio un espacio libre.

Dos hombres, vestidos con los monos del personal de la nave dispusieron una gran pantalla de proyección frente a los pasajeros inmóviles y luego desaparecieron.

—Tiene apoyo de algunos miembros de la tripulación —dijo Marius por el emisor.

—Tal vez los controle de alguna manera que ignoramos —reflexionó Rok.

En la gran pantalla comenzó a dibujarse la primera escena de aquella espantosa ceremonia que los Vigilantes ya habían visto y que transcurría en el sur de Ceylán, donde las mujeres, hombres y niños se destrozaban como animales rabiosos.

A continuación, y ante la mirada aterrorizada de los pasajeros que no podían dejar de ver aquellas impresiones aberrantes sobre la pantalla que tenían ante sus ojos, Barsal pasó la película de los niños-viejos y luego las consecuencias de sus experimentos lejos de la Tierra, destruyendo la composición atmosférica, alterando las especies, interviniendo como un verdugo en la evolución natural del universo.

La pantalla quedó nuevamente en blanco y los dos hombres la recogieron.

—Ahora, os haré una demostración práctica —dijo la voz grave y áspera del enano.

Dos robots eligieron a cuatro miembros del pasaje y los llevaron

hasta el pasillo que habían dejado libre en medio del salón.

Eran dos parejas jóvenes que observaban con ojos aterrorizados, incapaces de hacer un solo movimiento.

Uno de los hombres se acercó a la primera pareja y abriéndoles el traje, dejó el pecho al descubierto. Todos miraban la escena fascinados por el horror.

El hombre depositó un pequeño adhesivo sobre el seno izquierdo de la mujer y luego otro sobre la tetilla izquierda de su acompañante.

—¿Qué hace? —preguntó Marius por el minitransmisor.

—Creo que... —comenzó a decir Rok.

El pecho del hombre comenzó a hincharse junto al de la mujer. Los rostros desencajados, impedidos de gritar, de retorcerse, constituían el espectáculo más espantoso que Rok hubiese visto jamás.

Y entonces, aquellos bulbos hinchados estallaron, estallaron como bombas de agua y salpicaron de sangre a los pasajeros más próximos.

—Les ha estallado el corazón... como al operario de la base —dijo Marius.

Los cadáveres de la pareja se desangraron completamente, sin moverse, sostenidos por la extraña influencia de Barsal, inmóviles como estatuas martirizadas en medio del sofisticado salón principal del *Columbia.*

El mismo hombre se aproximó a la siguiente pareja elegida.

Marius pudo observar la desesperación que brillaba en todos los ojos clavados en los siguientes mártires.

La muchacha que estaba con él lanzó un grito de horror.

—Que se calle —ordenó Rok por el transmisor.

—Se ha desmayado —dijo Marius.

—Está en la nave, Marius, en algún sitio, y tiene el equipo suficiente para controlar a los robots del *Columbia.* Tengo que hallarlo.

—Lo siento» Rok, pero no puedo permitir que mate a esa pareja —dijo Marius.

—¡Marius! No dispares, tenemos que hallarlo a él, a Barsal antes de que se entere que estamos aquí, combatiéndolo.

—Mirad bien —dijo la voz desagradable del enano—. Sólo se trata de aplicar un adhesivo en el pecho de las víctimas y todo termina en cuestión de pocos segundos, o cuando yo así lo desee.

Puedo contaminar con este agradable invento ciudades enteras en pocas horas. O mezclar el virus de la demencia en el aire y hacer que os matéis los unos a los otros como bestias sanguinarias. O alterar la atmósfera allí donde se me ocurra, controladamente y asfixiar a los habitantes de países enteros. ¿Comprendéis?

Los rostros de los dirigentes de los dos Bloques, paralizados sobre el palco, comprendían perfectamente.

—¡Mirad! —ordenó la voz ronca de Barsal.

El pecho de los jóvenes de la segunda pareja comenzaba a hincharse más y más.

—¡Marius, voy al depósito del *Columbia!* —gritó Rok por el transmisor.

—Si dejas de transmitir o no regresas en una hora me ocuparé personalmente de liquidar a todo el que se cruce en el camino y algo más, amigo —dijo Marius, súbitamente sereno—, mataré a ese enano podrido así sea lo último que haga en esta sucia vida, ¡al diablo con las órdenes!

—No te preocupes, Marius, con una equivocación es suficiente.

—Suerte, amigo —dijo Marius.

—Estaré en contacto.

Rok comenzó a retroceder por el conducto de ventilación hasta que halló un ramal transversal y pudo entrar en él de frente. Decidió aplicar su conocimiento de aquel sistema para aproximarse todo lo posible al área de almacenaje del *Columbia*.

Al cabo de media hora se detuvo. Sentía los músculos doloridos y el cuerpo totalmente mojado de sudor.

—Marius, ¿alguna novedad?

—Ninguna, el maldito deja que todos comprendamos la verdadera dimensión de su locura.

—¿Cómo está tu chica?

—Se ha recuperado.

—¿Tiene puesta alguna máscara?

—No.

—Entonces quiere decir que el efecto del gas que utiliza desaparece de inmediato y que solo actúa muy controladamente.

—Así parece.

—Escúchame, comprueba si hay alguien entre la oficialidad del *Columbia* que haya escapado al gas paralizante, si es así

comunícamelo enseguida.

—¿Qué ocurrirá si cuando me voy de aquí, Barsal descubre a Myra? —preguntó Marius por el minitransmisor.

Rok sintió que era exactamente lo que no quería escuchar, porque si Barsal descubría a su mujer, la haría víctima de su sangrienta voluntad.

—Tenemos que correr el riesgo, Marius —dijo, y un nudo caliente y amargo trepó a su garganta.

CAPÍTULO Vi

Sentado en medio de aquel panel portátil y completo, John Barsal, se deleitaba con las imágenes desesperadas que aparecían en la pantalla que tenía ante sí.

Recorría los rostros de los pasajeros con la cruel satisfacción de quien ha conseguido llegar con su sola voluntad hasta el horror de una raza despreciable y orgullosa, la raza humana.

John Barsal no se consideraba humano. Era único, un eslabón original en la larga cadena de la evolución de la especie, un milagro de horrible apariencia, pero provisto de un cerebro superior.

En la soledad del depósito, presenciando los resultados de su trabajo en las expresiones espantadas de los hombres, en las muecas demenciales que deformaban los bellos rostros de las mujeres, en la alucinada sorpresa de los ojos de los niños, Barsal sentía que había triunfado.

Años enteros de segregación, cuando sus investigaciones eran observadas por los científicos del laboratorio como si fuese él mismo el conejillo de indias. Y entonces fue cuando comprendió que él no pertenecía a esa raza de seres *normales,* preocupados por cosas tan abstractas como el poder, la gloria, la ambición, el amor, sobre todo el amor; él sabía que siempre sería un solitario y no sufría porque dentro de su prodigioso cerebro sólo había lugar para el superpoder, el poder más grande y todopoderoso que jamás hubiese existido, y él, Barsal había sido elegido para representar ese poder, él, el enano maligno, feo, contrahecho, él, John Barsal, sería el amo de su propio mundo y para ello debía trabajar, estudiar y llevar a cabo todas aquellas ideas que producía su magnífico cerebro entrenado.

Miró la pantalla y agitando uno de los censores dejó que la

cámara recorriera los rostros, aquél era su triunfo, la meta que se había propuesto. Tenía ante sí a los equipos dirigentes de los dos Bloques y sabía que aceptarían sus condiciones, no tenían otra alternativa.

Rok Soldor llegó por el tubo de refrigeración hasta un cuarto amplio y cerrado que recordaba haber visto en uno de los planos de la nave.

Era un cuarto desde el que un miembro de la tripulación, en caso de necesidad, podía observar a través de un sistema de videoseguridad el área de almacenaje del *Columbia.* Si se producían siniestros, o si la carga se soltaba, o si ocurría cualquier imprevisto, podía evaluarse la magnitud de lo sucedido sin necesidad de realizar una inspección directa.

Rok se dejó caer dentro del cuarto. Estaba vacío, como era de esperar.

Se sentó ante el tablero de control y puso en funcionamiento la minicomputadora que controlaba las cámaras dispuestas en toda el área de almacenaje.

El enorme depósito del *Columbia* era casi tan amplio como el área destinada a los pasajeros.

Rok comenzó a activar las cámaras una a una, recorriendo todo el área sistemáticamente, con infinita paciencia. Aguardaba que cada cámara hiciera su recorrido y entonces se ocupaba de la siguiente y así sucesivamente. Tenía ciento veinte cámaras ante sí y otras tantas pequeñas pantallas ocupaban un panel que cubría uno de los costados de la habitación.

—Rok —dijo Marius por el transmisor—, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Lo has encontrado?

—Estoy procurando localizarlo desde el centro de video.

—John Barsal está hablando, y estoy seguro de que está viendo todo lo que ocurre aquí porque sus comentarios son demasiado precisos.

—Está en la nave, Marius, estoy seguro.

—Encuéntralo antes de que cometa una locura irreparable.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Rok, sin dejar de operar una a una las cámaras.

—Dice que está en condiciones de hacerse cargo de la Tierra.

Depende de los dirigentes de ambos Bloques elegir el modo en que lo hará: pacíficamente o eliminando metódica y sistemáticamente a los habitantes de las ciudades más importantes de los dos Bloques.

—¿Alcanzas a ver a Myra?

—Sí.

—No la pierdas de vista. Bien, dime ahora, ¿cómo has hallado al personal que comanda el *Columbia?*

—Paralizados, Barsal sólo dejó sin contaminar las cabinas y algunos pasillos. Supuso que si alguien aparecía por allí los robots se encargarían de eliminarlo.

—Mantente en contacto, Marius.

—Ten cuidado, amigo.

Justo en ese momento, la cámara cuarenta y dos enfocó algo extraño. Era el costado de un panel brillante y sólido.

Rok se apresuró a manipular la cámara siguiente y entonces lo vio.

Allí estaba el genio contrahecho y homicida, gozando con las imágenes que se sucedían en las pantallas de su equipo, seguro de su triunfo.

—Marius —dijo Rok por el minitransmisor, en voz muy baja como si temiera ser oído por el engendro—, está en el depósito, lo veo claramente. Está sentado en medio de un equipo completo y parece disfrutar con lo que ha provocado aquí.

—Voy hacia allá.

—No, aguarda.

Rok había visto algo en la pantalla del enano, perfectamente enfocada por su propia cámara. Un rostro que pasaba fugazmente por la pantalla.

El corazón de Rok se enfrió en su pecho y contuvo la respiración. Fue inútil, Barsal también lo había visto.

Rok vio cómo los dedos ágiles del enano buscaban en su pantalla el rostro delicioso, tenso y quieto de Myra.

Y entonces lo encontró.

—Marius...

—Sí, Rok.

—Ha descubierto a Myra.

—¿Qué hago?

—Aguarda.

Los ojos grandes y juntos parecieron brillar con una luz diferente, un trazo de locura detenido en las pupilas dilatadas del enano.

Las manos lampiñas saltaron entonces al tablero y oprimieron varios censores.

—Marius, por favor, cuida de ella, voy a por él.

—¿Qué ocurrirá si lo matas y ha preparado en su laboratorio, esté donde esté, un dispositivo de acción retardada que ponga en funcionamiento todos sus malditos inventos homicidas?

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—Uno de los tipos de la nave se dirige hacia Myra —dijo Marius sordamente.

—Ocúpate de ello, Marius, corto y fuera.

Se encaramó nuevamente al conducto de ventilación y se dirigió decidido hacia la boca que comunicaba con el depósito. Con infinita precaución quitó la rejilla y saltó suavemente al piso.

Permaneció agachado durante algunos segundos, procurando orientarse. La luz del depósito era escasa y Rok todavía necesitó un poco más de tiempo para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Cogió hacia adelante y a la derecha, caminando sigilosamente, procurando no hacer ningún movimiento en falso que pudiera delatar su presencia al demonio contrahecho.

La risa estridente, aguda, de pájaro histérico, llegó hasta Rok como un lanzazo hirviente. Apresuró el paso y entonces lo encontró, riendo como un poseso ante la pantalla.

Allí, en la pantalla, el hombre de la tripulación que se había cargado a las dos parejas, se detuvo junto a Myra, que lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

El enano parecía haber enloquecido de satisfacción y se retorcía en su asiento con los ojos dilatados fijos en la imagen de Myra, inmóvil ante el avance del verdugo.

Rok se olvidó de los riesgos. Sólo pensó que Myra estaba a punto de morir y que allí, al alcance de su pistola, el responsable de todas aquellas carnicerías estaba doblado en dos, atravesado por convulsiones hilarantes.

Levantó la pistola y apuntó. El rayo lumínico se incrustó en la pantalla y una explosión acabó con el rostro desesperado de Myra.

Rok volvió a disparar y el segundo disparo reventó parte del

panel que comenzó a incendiarse.

Una gruesa columna de humo llenó el sito y Rok perdió de vista al enano. No había querido matarlo, sino destrozar aquel mecanismo que lo convertía en el amo de la situación. Ahora podía cogerlo y ya no lograría escapar.

Corrió hacia el humo y todavía con la máscara puesta comenzó a rastrillar la zona en busca de Barsal.

—Marius... —llamó, deteniéndose, en medio de la bruma humeante.

—Myra está bien —dijo Marius—. He reventado al maldito y he destrozado la pierna del otro. No quiero matarlo, he de interrogarlo para que me diga si tiene más cómplices.

—De acuerdo, yo estoy buscando al enano, ha desaparecido de...

—¡Rok!

—¿Qué ocurre ahora?

—Están despertando, recuperan el dominio de los músculos, el efecto de la droga ha desaparecido.

—Tal vez se deba a que he destrozado el panel que manipulaba Barsal.

— ¡Cógelo, Rok, por lo que más quieras cógelo!

—Corto —dijo Rok.

—Estaré contigo en cuanto me sea posible. Cuídate.

Y entonces sintió los pasos. Los mismos pasos metálicos que habían sonado en la pista, bajo la tormenta, cuando él y Myra estaban haciendo el amor.

El humo hacía toda visión imposible, de modo que Rok buscó a tientas el camino que había seguido para llegar hasta allí, quería encontrar la boca de la ventilación.

Los pasos metálicos eran cada vez más próximos.

Vio la abertura de la ventilación justo en el momento en que el autómata aparecía por su izquierda. No era tan alto como el anterior, pero lo suficientemente feroz como para destrozarlo.

Se cogió al reborde de la abertura con las manos y se alzó hasta ella. Introdujo los pies primero a fin de poder observar las evoluciones del autómata. Cuando estuvo dentro, extrajo la pistola y aguardó con impaciencia.

Vio primero las garras del robot y luego el borde superior del testuz. Afirmó la pistola y apuntó hacia la abertura del tubo de

ventilación.

Apretó el disparador cuando los ojos, como pequeñas bolas acristaladas surgieron en su campo de mira.

El impacto del rayo lumínico atravesó los ojos artificiales del autómata y provocó la reacción en cadena de pequeñas explosiones en el centro mismo del testuz, donde se ubicaba la minicomputadora de control.

Rok avanzó ahora otra vez hacia la salida del tubo, quería atrapar al enano homicida dentro del depósito. El autómata había quedado cogido de la entrada al conducto. Rok lo golpeó con los puños y luego procuró desenganchar las pinzas que lo sostenían, pero era imposible.

Trató de mirar dentro del depósito pero la oscuridad y el humo se lo impedían.

Retrocedió por el tubo hasta el primer cruce y lo siguió hasta la primera salida.

Saltó dentro de una cabina desocupada, abrió la puerta y se encontró en un pasillo.

Con la pistola en la mano corrió hacia la compuerta que daba acceso al depósito. Una explosión impresionante hizo vibrar al *Columbia* y Rok se vio impulsado por una fuerza impresionante a lo largo del pasillo, dando tubos y golpeándose en las paredes que flanqueaban el corredor.

Por fin, todo pareció volver a la calma.

Había perdido la pistola pero conservaba el minitransmisor fijo a su cintura.

—¿Marius? —llamó.

—¡Rok! ¿Estás bien?

—Sí, ¿qué... qué ha ocurrido?

—Se ha marchado.

—¿Qué dices?

—Que ha huido, Barsal ha huido en una de las naves de salvamento del *Columbia.*

—¡Que lo detengan! ¡Da la orden de que lo detengan! ¡Los Vigilantes que nos siguen pueden hacerlo!

—No puedo, Rok.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Estoy con un equipo de los dos Bloques. Temen que Barsal

pueda tomar represalias, o que haya dejado algún tipo de mecanismo de acción retardada en su base.

—¡Al diablo con ellos! —gritó furioso.

—¡Rok!, ¿qué vas a hacer?

—Voy a acabar con ese maldito monstruo.

—¡Rok! —dijo ahora la voz de Myra por el minitransmisor.

—Myra, cariño, ¿estás bien?

—Quiero ir contigo amor.

—No, he de ir solo.

—Por favor, Rok, no quiero quedarme aquí.

Rok pareció meditar durante algunos momentos el ruego de su mujer, luego comprendió que era mejor tenerla a su lado, que necesitaba protegerla personalmente, que aquella imagen de Myra paralizada ante el avance de su ejecutor no podría soportarla nunca más.

—Reúnete conmigo en el depósito, Myra. Cogeremos una de las naves e iremos tras él.

Corrió otra vez hasta el depósito y esta vez consiguió abrir la compuerta de acceso. Una espesa humareda invadió el pasillo pero esta vez el personal del *Columbia* estaba en sus puestos y los mecanismos de protección actuaron inmediatamente.

Rok entró al amplio depósito y se dirigió hacia el sitio donde había estado el panel de mando del enano.

Se agachó para revolver entre los amasijos de hierros retorcidos y circuitos quemados.

Se concentró en aquellos restos incinerados como si se hallara ante la respuesta a un problema de difícil solución.

Estaba buscando algo, algo que no podía descubrir, una idea que se negaba a plasmarse con claridad en su conciencia.

Myra entró entonces al depósito y se acercó a él.

Apoyó las manos en las mejillas de Rok, se inclinó y lo besó con ardor en el cuello.

—Estás helado, amor —dijo junto a su oído.

— ¡Exacto! —gritó Rok.

—¿Cómo?

—Sabía que algo tenía que perderlo al maldito monstruo. Ven, vamos a la cabina de control, he de hablar enseguida con el comandante Rulow.

CAPÍTULO VII

—Comandante Rulow, soy Rok Soldor. Escúcheme con atención, no hay tiempo que perder. Barsal ha huido del *Columbia* en un navío de rescate. Estoy seguro que se dirige hacia uno de los dos polos. Siempre actúa en parajes helados, tiene que tener su base en uno de los dos polos. Concentre allí toda la vigilancia, llegará de un momento a otro y en la nave de rescate no tiene ningún instrumento de precisión como para poder defenderse o detectar a tiempo a nuestras naves.

—Necesito una orden especial para hacerlo, Rok.

—Comandante, tenemos que hacerlo ahora, es nuestra única oportunidad. Si Barsal consigue llegar a su base estaremos igual que siempre, en sus manos, y esta vez no será tan generoso. Cometerá alguna locura imprevisible. Está loco, señor. Yo lo he visto hoy, disfrutando con la muerte y el dolor, está completamente loco.

—Rok, las leyes...

—Comandante, tal vez perdamos nuestros puestos, pero creo que vale la pena si conseguimos acabar con ese maniático. Por favor...

—Está bien, comandante Soldor. Daré la orden.

—Gracias, comandante. Ah, y una cosa más, cuando hallen el sitio que lo ataquen con bombas de descontaminación espacial, eso nos evitará preocupaciones en el área.

—Lo mantendré informado, comandante.

—Gracias, señor.

* * *

—¡Un mes de licencia! ¡Un mes! —exclamó Marius cuando acabó

la reunión.

—¿Qué harás? —preguntó Myra.

—Buscaré una mujer como tú y trataré de convencerla para que se case conmigo. Le diré que soy un Vigilante de gran experiencia amorosa y que si me decido por ella es porque sin duda es la mejor.

—Estás completamente loco, Marius —rió Myra.

—¿Por qué?

—Porque todavía no has encontrado a la pobre mártir y ya le has escrito la biografía.

—Te lo he dicho mil veces, Marius; Myra hay una sola y es mía.

—¿Adonde iréis?

—Pues, creo que deberíamos terminar algo que comenzamos antes de todo este asunto que acabó con Barsal —intervino Myra, sonriente, cogida al brazo de Rok.

Rok frunció el ceño antes de hablar.

—Sí, iremos a la cabaña, en el lago Darmon, tenemos algo pendiente allí.

—Bien, creo que adivino de qué se trata, pero mi proverbial discreción y buen gusto me impide hacer ningún comentario.

—Marius, si das con la mujer ven a vernos. Me ocuparé personalmente de prevenirla contra ti.

—Adiós, amigos —dijo Marius alejándose.

Rok enlazó el talle de Myra y caminó con ella hasta el *terrier*.

—¿Qué te ocurre, amor?

—Nada, estoy bien, ¿por qué? —replicó Rok.

—Algo te ocurre, lo sé.

—No, nada, estoy algo cansado, eso es todo.

Subieron al *terrier*.

—Parece imposible que la *amenaza Barsal* haya terminado, ¿no? —pregunto Myra, apoyándose en el hombro de su marido.

—Sí, parece mentira —dijo Rok, tensando sus músculos.

Puso el motor atómico del todoterreno en marcha y se lanzó hacia la autovía de alta velocidad. Condujo en silencio durante varios minutos, y por fin dijo:

— El comandante Rulow se jugó una carta importante.

—Tú lo convenciste para que lo hiciera, Rok.

—Pero la responsabilidad era suya.

—¿Cómo supiste que se dirigía hacia uno de los dos polos?

—No lo sabía, lo supuse así porque hacía mucho tiempo que me daba vueltas en la cabeza la idea de que sus incursiones en planetas congelados tenían que deberse a alguna explicación lógica.

—Fue una idea brillante —dijo Myra, besándolo en el cuello.

Rok aceleró a fondo el *terrier* y los kilómetros fueron rápidamente devorados.

—Era una ocasión única para atraparlo —continuó Rok—. Iba en una nave rudimentaria, sin instrumentos de mucha precisión, y tenía que regresar a su base. Era el momento de cogerlo o no lo habríamos hecho jamás.

—Casi llegan tarde, sin embargo —comentó Myra, entretenida en acariciar los músculos del pecho, hundiendo sus dedos sensuales por entre el vello hirsuto y renegrido.

—Sí, el comandante Rulow debe haber dudado el último momento. Lo sorprendieron cuando entraba en la base, en un gran iceberg artificial.

—Convirtieron aquella zona del polo sur en una especie de gran fábrica de hielo en trozos —sonrió Myra.

—Sí, no quedó nada allí, excepto trozos de hielo y algún que otro resto humeante de lo que había sido, sin duda, el mayor laboratorio del mundo.

—El satánico John Barsal murió en su propio terreno —dijo Myra, acariciando tenuemente el cuello de Rok.

El *terrier* salió de la autovía y cogió el camino de montaña, trepando por la pista nevada, flanqueando nuevamente el profundo precipicio y esta vez, en la tarde serena y clara, pudieron observar el amplio valle que se extendía al este y al norte como una inmensa *L* salpicada de verdes coníferas.

—¿Te das cuenta, amor, todo un mes? —murmuró ella, respirando el aroma del hombre, paseando sus labios por el pecho descubierto.

—¿En qué estás pensando?

—Adivínalo.

Cogieron la última curva y vieron la cabaña en el extremo del camino, cubierta de nieve. Hacía un mes exacto desde que se marcharan de allí y diecinueve días desde el secuestro del *Columbia.*

—Mira nuestro amigo —dijo Myra, señalando el autómata que todavía permanecía erguido sobre la nieve.

—El viento le ha barrido la nieve, parece una escultura, una escultura sugestiva de los tiempos que estamos viviendo —dijo Rok, deteniendo el *terrier*.

—Me da miedo, Rok, no puedo olvidarme de su modo de andar, de aquella mirada vacía en sus ojos-cámara, de la decisión de matar que parecía motivarlo.

—Podríamos conservarlo como un símbolo del criminal más peligroso que amenazó a la Tierra.

—No me gusta nada —dijo Myra, deteniéndose.

—Ven aquí, mujer, es sólo un montón de chatarra.

Rok se acercó al autómata, pasó su mano por la espalda pulida y comenzó a girar a su alrededor para verlo de frente.

—¡Myra! —gritó súbitamente, al observar los ojos-cámara intactos en el testuz inclinado.

El brazo mecánico del autómata giró como un aspa y golpeó violentamente el hombro de Rok que cayó al suelo, a varios metros de distancia.

Myra corrió hacia él, esquivando al robot.

—¡Huye, huye, coge el *terrier!* —gritó Rok.

El autómata se había erguido y avanzaba hacia el cuerpo caído del hombre.

— ¡Corre! —gritó Rok.

Myra dudó una fracción de segundo y luego se volvió hacia el *terrier* y comenzó a correr.

Algo la detuvo como si hubiese chocado de pronto contra un muro invisible.

El corazón pareció endurecerse en su pecho agitado y el estómago se llenó con una náusea feroz.

—Os he estado esperando durante varios días, pero veo que no me habéis defraudado —dijo John Barsal, de pie junto al *terrier* sosteniendo entre sus manos gordezuelas una caja de reducidas dimensiones en la que Rok pudo ver una hilera de censores.

—Ya has aprendido a sentir como los humanos,

Barsal —le espetó Rok, con desprecio— no eres el científico amoral de antaño, ahora odias, tienes sentimientos, estás perdiendo tu talento.

El enano movió la mano sobre la caja de controles y el autómata dio un paso hacia Rok.

—El amor —dijo con su voz cascada y cavernosa—, eso que vosotros llamáis el amor y que os convierte en imbéciles. Hacéis locuras por un simple sentimiento.

—¿Y tú, Barsal? —dijo Rok, poniéndose de piten la nieve, friccionándose el hombro golpeado ¿Y tú, Barsal? —repitió—. Tú odias, sientes, d seos de venganza, has dejado de ser una máquina fría y efectiva. Has perdido la batalla, no eres más que un hombre, sólo que no soportas tu aspecto y quieres vengarte en toda la humanidad. ¿Para qué querías el poder, el superpoder de la Tierra? Estás vacío, Barsal. Todo el poder del mundo no te convertiría en un hombre alto, bien formado y atractivo.

Los ojos grandes y negros del enano se enrojecieron, los párpados cayeron sobre ellos hasta convertir su mirada en una cicatriz brillante. Los labios crueles y obscenos temblaron sobre su mandíbula grotesca y los dedos gordezuelos derivaron sobre los censores de la caja de mandos.

Myra, lentamente, dio un paso hacia el *terrier*.

Rok vio el movimiento de la muchacha por el rabillo del ojo y lanzó una carcajada que sobresaltó al enano.

—Hazlo, maldito loco, haz que tu autómata me destroce, arrójalo sobre mí, ¿qué crees que ganarás con ello, pobre imbécil? Cuando yo muera ni siquiera te quedará alguien a quien odiar.

El autómata avanzó lentamente hacia él. Rok lo dejó acercarse para que la atención de Barsal no cayera sobre la sigilosa marcha de Myra.

—Primero —dijo entonces Barsal— haré pedazos a tu mujer, delante tuyo. Ello me alcanzará, gozo con el dolor de vuestra estúpida civilización, sois débiles.

El robot se detuvo y giró sobre sus pies para dirigirse hacia Myra.

Myra estaba a un par de metros del *terrier,* saltó hacia él y trepó a la cabina. El robot ya estaba junto al todoterreno. Cogió los mandos de los fusiles lumínicos y apuntó apresuradamente.

Los rayos pasaron rozando al autómata y golpearon de lleno en la caja de controles que sostenía el enano entre sus manos. La caja cayó al suelo y allí estalló.

El autómata, recibida la última orden de atacar, prosiguió su marcha hacia el *terrier*. Myra cerró la portezuela y aguardó la embestida del robot.

El *terrier* era invulnerable, pero la fuerza del autómata lo hacía desplazarse de costado sobre la nieve blanda.

—¡Coge los controles! —gritó Rok, corriendo hacia el ingenio mecánico.

Pasó junto al enano y lo golpeó con violencia en el rostro, luego cogió la caja destrozada y con ella en la mano se dirigió hacia el autómata.

Se colocó a su lado y lo golpeó en los ojos-cámara con todas sus fuerzas.

El golpe cegó a la computadora asesina que guiaba los movimientos del robot.

Se volvió, ciego, en dirección a Rok que retrocedió hacia donde John Barsal, con el rostro sangrante, procuraba ponerse de pie.

Rok se agachó, hizo una bola de nieve, y la arrojó al testuz del robot.

La nieve quedó adherida en las cuencas destrozadas de los ojos-cámara y el autómata completamente ciego hizo girar sus brazos mecánicos, buscando la víctima que llevaba registrada en su cerebro computarizado.

—¡Atrás! —gritó Barsal.

El robot tropezó con el cuerpo contrahecho del enano y se inclinó sobre él.

Las pinzas buscaron a tientas hasta hallar la carne del engendro.

—¡No! —gritó el enano.

El rostro ensangrentado por el golpe recibido de Rok, se convirtió en una mueca pulposa y horrorizada cuando el autómata lo cogió del cuello con una de sus pinzas alzándolo hasta la altura de su testuz ciego.

—¡Myra, los cañones! —gritó Rok.

Myra contemplaba la escena sin pestañear, incapaz de metabolizar aquella imagen diminuta y convulsa, ensangrentada y oscilante, sostenido del cuello por las pinzas filosas del autómata.

— ¡Myra, el cañón! —repitió Rok.

El autómata alzó el brazo libre y la garra afilada atravesó de lado a lado el cuerpo del enano homicida.

Myra pareció reaccionar entonces y maniobró el *terrier* hasta ponerlo en posición de disparo, delante del robot.

El brazo metálico salió ensangrentado del cuerpo ovillado de

Barsal para volver a hundirse en él como un émbolo.

—¡Dispara!

Los fusiles dispararon su carga mortífera en el testuz del autómata. La nieve adherida a las cuencas rotas fue derretida por el impacto lumínico y dentro del cerebro programado una explosión feroz indicó el final, la segunda muerte del autómata.

El brazo mecánico había salido por tercera vez del cuerpo sin vida de Barsal y se disponía a atravesarlo nuevamente cuando el impacto de los cañones desintegraron la computadora de control del robot y éste quedó nuevamente paralizado.

Rok avanzó hacia él.

Myra descendió del *terrier* y con pasos lentos, sin poder quitar los ojos del robot, llegó junto a Rok y se apretó contra su pecho.

Ahora el autómata parecía una escultura diferente. Teñido con la sangre del monstruo homicida, con una de sus garras hundida en el cuello partido y seccionado y el otro brazo mecánico en posición de asestar un golpe más a aquel cuerpo contrahecho y destrozado, parecía la representación final de un drama en el que la tecnología exacerbada se vengaba brutalmente en el cuerpo de su hacedor.

—Rok, por favor, quítalo de ahí.

—Llama al cuartel general, en la base, Dile al comandante Rulow todo lo ocurrido y que envié alguien a buscar el cadáver de Barsal. Yo, entretanto, me ocuparé de quitarlo de ahí.

* * *

—De modo que éste es vuestro guardián nocturno —dijo Marius, con una amplia sonrisa.

—Tendrías que haberlo visto en acción, Marius —rió Myra abrazando al hombre.

—Te dije que encontraría una muchacha como tú.

—Y yo te dije que la trajeras para darte el visto bueno.

—Bien, pues... aquí está —dijo Marius, ruborizándose.

Del *terrier* descendió una mujer alta y esbelta, enfundada en un mono de servicio especial de la base, con un rostro maravilloso y singularmente parecido al de Myra.

— ¡Rok! Ven aquí. Marius ha hallado a mi hermana gemela.

—Bien, si ya habéis acabado con las chanzas os diré mi nombre,

soy Daria Maur.

—Va a casarse conmigo —dijo Marius.

Daria sonrió.

—¿Ya se lo has preguntado? —inquirió Myra.

—¿Cómo iba a hacerlo? Acabo de conocerla.

Rok palmeó a su amigo y abrazó a la muchacha, luego se acercó a Myra y la enlazó por el talle.

—Bueno, amigos, si he de conseguir a esta mujer será mejor que me de prisa —dijo Marius, cogiendo de la mano a Daria.

—Vamos, está anocheciendo y esperamos una gran tormenta para esta madrugada. Venid, Myra ha preparado una cena estupenda, ya tendréis tiempo luego de conoceros mejor —bromeó Rok.

* * *

El viento silbaba entre los pinos como un flautista ebrio. La tormenta arrojaba enormes copos contra las ventanas cerradas y creaba dibujos caprichosos en los cristales blindados.

Myra, echada junto a Rok, frente al fuego de la chimenea de su cuarto, se irguió sobre un codo reflejando en sus hermosos ojos perplejos el furor de las llamas.

—Creo que Marius se ha enamorado por fin —dijo, besando suavemente el pecho desnudo de Rok.

F I N



2

COLECCIONES APASIONANTES CADA SEMANA



TEMAS DE EVASION

SEXY STAR



Dos modernas selecciones de relatos eróticos sentimentales, escritos por los más expertos autores del género

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 45 Ptas. IMPRESO EN ESPAÑA, PRINTED IN SPAIN